

ALFAGUARA

Claudia Piñeiro

Tuya



Lectulandia

Un corazón dibujado con rouge, cruzado por un "te quiero" y firmado "tuya" le revela a Inés que su marido la engaña. Lo que sigue a continuación no sólo es un policial vertiginoso y atrapante, sino un retrato implacable de la vida familiar de la clase media.

Lectulandia

Claudia Piñeiro

Tuya

ePUB v1.0

Ariblack 01.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Tuya*
Claudia Piñeiro, 2005.
Ilustraciones: Alejandra López
Diseño/retoque portada: Pablo Rey / Raquel Cané

Editor original: Ariblack (v1.0)
ePub base v2.0

1.

Para aquel entonces hacía más de un mes que Ernesto no me hacía el amor. O quizá dos meses. No sé. No era que a mí me importara demasiado. Yo llego a la noche muy cansada. Parece que no, pero las tareas de la casa, cuando una quiere tener todo perfecto, te agotan. Si por mí fuera, apoyo la cabeza en la almohada y me quedo dormida ahí mismo. Pero una sabe que si el marido no la busca en tanto tiempo, no sé, se dicen tantas cosas. Yo pensé, lo tendría que hablar con Ernesto, preguntarle si le pasaba algo. Y casi lo hago. Pero después me dije, ¿y si me pasa como a mi mamá que por preguntar le salió el tiro por la culata? Porque ella lo veía medio raro a papá y un día fue y le preguntó: «¿Te pasa algo, Roberto?». Y él le dijo: «¡Sí, me pasa que no te soporto más!». Ahí mismo se fue dando un portazo y no lo volvimos a ver. Pobre mi mamá. Además, yo más o menos me imaginaba lo que le estaba pasando a Ernesto. Si trabajaba como un perro todo el día, y cuando le sobraba un minuto se metía a hacer algún curso, a estudiar algo, ¿cómo no iba a llegar agotado a la noche? Y entonces me dije: «Yo no voy a andar preguntando, si tengo dos ojos para ver, y una cabeza para pensar». Y lo que veía era que teníamos una familia bárbara, una hija a punto de terminar la secundaria, una casa que más de uno envidiaría. Y que Ernesto me quería, eso nadie lo podía negar. Él nunca me hizo faltar nada. Entonces me tranquilicé y me dije: «El sexo ya volverá cuando sea el momento; teniendo tantas cosas no me voy a andar fijando justo en lo único que me falta». Porque además uno ya no vive en los años sesenta, ahora uno sabe que hay otras cosas tanto o más importantes que el sexo. La familia, el espíritu, llevarse bien, la armonía. ¿Cuántos hay que en la cama se llevan como los dioses y en la vida se llevan a las patadas? ¿O no? ¿Para qué iba a buscarle la quinta pata al gato, como hizo mi mamá?

Pero al poco tiempo me enteré de que Ernesto me engañaba. Fui a buscar una lapicera y como no encontraba ninguna, abrí su maletín y ahí estaba: un corazón dibujado con rouge, cruzado por un «te quiero», y firmado «tuya». Una reverenda grasada, pero la verdad es que en ese momento me dolió. Estuve a punto de ir ahí mismo y refregarle el papel por la cara y decirle: «¡Pedazo de hijo de puta, ¿qué es esto?!». Pero por suerte conté hasta diez, respiré hondo, y dejé todo como estaba. Me costó fingir en la cena. Lali estaba en uno de esos días en que nadie la soporta, excepto Ernesto. A mí ya ni me afectaba, así era nuestra hija y estaba acostumbrada. Pero a Ernesto le costaba. Él le hablaba y ella contestaba con monosílabos. Yo no estaba en condiciones de aportar nada; con lo que había descubierto tenía suficiente. Pero tenía miedo de que se me notara. Yo siempre tapo todos los silencios, cubro los baches cuando una conversación no está bien armadita. Es como un don que tengo. Para evitar sospechas les dije que me sentía mal, que me dolía la cabeza. Creo que me creyeron. Y mientras Ernesto monologaba con Lali, yo me iba imaginando qué le iba

a decir. Porque mi primera reacción de preguntarle «¿qué es esto?», ya la había descartado. ¿Qué me iba a contestar? Un papel, con un corazón, un te quiero, una firma. No, ésa era una pregunta estúpida. Lo importante era saber si ese papel significaba algo importante para él, o no. Porque en definitiva, y por más que a una le pese, a toda mujer, en algún momento, le meten los cuernos. Es como la menopausia, puede tardar más o menos, pero ninguna se salva. Lo que pasa es que hay algunas que nunca se enteran. Y ésas la pasan mejor, porque para ellas la vida sigue igual. En cambio, las que nos enteramos empezamos a preguntarnos quién será ella, dónde fallamos, qué tenemos que hacer, si tenemos que perdonar o no, cómo cobrarles a ellos lo que nos hicieron, y para cuando el susodicho ya dejó a la otra, el enredo mental que nos armamos es tan grande que ya no podemos volver atrás. Hasta corremos el riesgo de terminar inventando una historia mucho más grave y rebuscada que la verdadera. Y yo no quería equivocarme como se equivocan tantas mujeres. Porque en definitiva, una mujer que dibujaba un corazón con rouge y firmaba «tuya» no podía ser alguien importante en la vida de Ernesto. Yo lo conocía a Ernesto, él detestaba ese tipo de cosas. «Se debe estar sacando alguna calentura», pensé. Porque hoy por hoy las mujeres están muy lanzadas. Ven a un tipo y lo buscan, lo buscan, y el tipo si no hace algo se siente un imbécil. «La verdad», me dije, «para qué lo voy a ir a encarar a Ernesto y hacerle todo un planteamiento, cuando dentro de una semana esta mujer ya va a ser historia antigua». ¿O no?

Lo único importante era mantenerse alerta, estar segura de que la relación no avanzaba. Por eso empecé a revisarle los bolsillos, a abrirle la correspondencia, a controlarle la agenda, a escuchar del otro teléfono cuando él hablaba. Todo ese tipo de cosas que haría cualquier mujer en un caso como éste. Como me imaginaba, no encontré nada importante. Alguna que otra notita más, pero poca cosa. Hasta que empecé a notar que Ernesto llegaba cada vez más tarde, trabajaba los fines de semana, no estaba nunca. Lo único que no desatendía eran las reuniones por el viaje de egresados de Lali. Pero en todo lo demás, ausente sin aviso. Entonces me preocupé porque si salía siempre con la misma mujer, la cosa se podía poner fea. Un día lo seguí. Fue un martes, me acuerdo del día exacto porque veníamos de una reunión informativa por el viaje de Lali. Ernesto ya estaba mal, pero no me sorprendió porque ese viaje lo tenía loco. A mí me parecía que exageraba un poco, se sabe que esos viajes son medio caóticos, pero uno tiene que confiar en la educación que le dio a su hija. ¿Qué más se puede hacer? Ernesto quería controlar todo, todo le parecía que estaba mal organizado. Apenas llegamos Lali se encerró en su cuarto, vive encerrada en ese cuarto. Nosotros fuimos a la cocina a comer algo. Ahí fue cuando sonó el teléfono y Ernesto atendió. Era tarde, diría que una hora inapropiada para llamar a una casa de familia. Ernesto se puso nervioso, más de lo que estaba, empezó a discutir, y en un momento se fue al escritorio para hablar más tranquilo. Yo levanté el

tubo de la cocina y llegué a escuchar que ella le decía: «Si no venís ahora mismo no respondo por mí». Y cortó. Ernesto volvió a la cocina, disimulaba pero los ojos le brillaban y tenía la mandíbula rígida. «Hubo un problema muy serio en la oficina, se cayó el sistema.» «Andá, andá tranquilo a levantar el sistema, Erni», le dije. Salí detrás de él, me subí a mi auto y lo seguí. Yo no soy de manejar, y menos de noche, pero era un caso de fuerza mayor. No iba a llamar a un taxi y decirle: «¡Siga a ese auto!», como en las series. ¡Qué sabía yo con lo que me iba a encontrar! Fue a los bosques de Palermo y estacionó junto al lago. Yo apagué las luces para que no me viera, estacioné a unos cien metros, me bajé del auto y me acerqué caminando. Me escondí detrás de un árbol. Enseguida llegó ella, Tuya, caminando. Era Alicia, su secretaria, nunca me hubiera imaginado que esa mujer podía escribir con rouge un corazón y un «te quiero» a un hombre casado. Si hasta me caía simpática. Una rica chica, sencilla, con un estilo muy parecido al mío. Ella se le acercó y se le prendió del cuello. Lo quiso besar, pero él la apartó. Ernesto parecía enojado. Discutieron. Ella lloraba y lo abrazaba, él estaba cada vez más furioso. Yo me empecé a tranquilizar, evidentemente no era una relación que funcionara. A mí Ernesto nunca en la vida, en los diecisiete años que llevábamos de matrimonio, me trató de esa manera. Él se quiso ir y ella trató de detenerlo. Él se deshizo de ella. Ella insistió, y él terminó empujándola. Con tanta mala suerte que fue a dar justo con la cabeza en un tronco que había en el piso, y se quedó seca. Ernesto se puso como loco, la zamarreaba, le tomó el pulso, hasta trató de hacerle respiración boca a boca. Pero nada, una desgracia. Yo no sabía qué hacer, no me iba a presentar así como así, y decirle «Ernesto, ¿te doy una mano?».

Entonces me fui para casa, era lo más sensato.

2.

—Hola... ¿Paula?

—Sí, ¿quién es?

—Lali...

—Ah, no te conocí la voz, estoy medio dormida.

—...

—Estás llorando.

—No, estuve, pero ahora no.

—¿Hablaste con tu viejo?

—No, no sé si voy a hablar. ¿Viste lo denso que estuvo hoy?

—Sí, la verdad...

—Nada le venía bien.

—¿Siempre es así?

—No, siempre no. Pero con este viaje está atacado.

—Tiene miedo, pobre.

—Sí, si vamos en avión porque vamos en avión; si vamos en micro porque vamos en micro.

—Nena, de lo que tiene miedo tu viejo es de que curtas. ¡Pobre!

—¡Qué boluda!

—Es un chiste. Pero no me digas que no es gracioso...

—A mí no me causa ninguna gracia.

—Reíte un poco. Te pasaste todo el día llorando.

—Tengo mis motivos.

—Sí, ya sé.

—...

—¿Y si hablás con tu vieja?

—Cero. Mi vieja no existe.

—Bueno, con alguien tenés que hablar.

—...

—...

—Pensé llamarlo a Iván.

—No, cortala, please. Por ese lado ya fuiste y te fue como el culo.

—...

—Ay, no llores...

—...

—Bueno, no hables con nadie. Dejalo para después del viaje, ¿okey?

—Mi viejo se muere.

—Por eso, mejor que se muera después del viaje.

—Vas a terminar haciéndome reír...

—Prometeme que no vas a llamar a Iván.

—...

—Prometeme, dale.

—Okey, chau.

—Chau.

3.

De camino a casa empezó a llover. Más que eso, diluviaba. Las escobillas del limpiaparabrisas iban y venían pero no daban abasto para desagotar tanta agua. Para colmo la izquierda barría mal. Tenía que hacer demasiado esfuerzo para poder ver. Maldije la lluvia. Pero enseguida le encontré el lado positivo. A mí siempre me gusta buscarle el lado positivo a las cosas. Si llovía, las huellas del accidente se iban a borrar, y eso sería de gran ayuda para Ernesto. Para todos.

Miré por el espejito retrovisor. La ruta estaba vacía. Me preguntaba qué estaría haciendo Ernesto. No se me ocurría que hubiera ido a la policía a contar lo que había pasado. Para qué andar ventilando trapitos al sol. El accidente fue un accidente. Si Ernesto iba a la policía, le harían demasiadas preguntas incómodas. Por qué se citaron en los bosques de Palermo. Por qué discutían. Qué tipo de relación los unía. Incómodas y, sobre todo, inútiles. Si Tuya ya estaba muerta. En los accidentes no hay culpables sino víctimas. Y en este accidente las víctimas eran dos. Una, la muerta, por la que preocuparse, a esa altura, no conducía a nada. Y la otra, Ernesto, que se vio involucrado en un hecho lamentable. No, seguro que no había ido a la policía. La realidad era la realidad, y los únicos testigos, vivos, de lo que pasó esa noche fuimos Ernesto y yo. Los dos sabíamos que en el episodio en cuestión, nadie tenía la culpa de nada. La culpa es «guacha» como decía mi papá. Y mi mamá le contestaba: «El guacho sos vos».

Lo que Ernesto y yo teníamos que hacer era tratar de olvidar ese episodio, y tirar para adelante. En cuanto Ernesto me contara todo, yo se lo diría. Estaba preparada, hasta lo había ensayado. Y él se debía morir de ganas de contarme todo. ¡Lo conocía tanto! Nosotros siempre nos contamos todo. Estábamos juntos desde los diecinueve años. Alguna que otra cosa, tal vez. Cosas sin importancia. O cosas que mejor no decir para cuidar al otro. Porque en la pareja hay que cuidarse todos los días; si no, la convivencia te mata. De hecho él, hasta ese momento, nunca me había contado de Tuya, lo cual se entiende y le agradezco. Lo que decía, me cuidó. Y lo que también me daba la pauta de que no era un asunto importante. Si hubiera sido importante Ernesto habría venido de frente, me habría dicho las cosas como eran, y me habría dejado. Ernesto no sirve para andar ocultando cosas. Yo tampoco.

Llegué a casa, estacioné el auto en el garaje y lo sequé. Era difícil justificar que estuviera mojado. No quería andar inventando algo. Que una farmacia, que un dolor de muelas, no iba a tener el mal gusto de inventar un velorio justo esa noche. Además, a mí no me gusta andar inventando. Cuando invento algo me vende la cara.

Subí a la planta alta. Lali dormía. Eso era importante, cuanto menos supiera del movimiento de la casa esa noche, mejor.

4.

—Hola...

—...

—¡Hola!

—¿Está Iván?

—¿Quién le habla?

—Una amiga.

—Las amigas de mi hijo tienen nombre.

—Laura...

—Laura... o Lali...

—Sí...

—Iván está pero no te puede atender. Está durmiendo.

—Ah, bueno...

—¡Esperá, no cortes! Iván me contó todo. ¿Sabías?

—No.

—Yo, realmente, estoy muy apenada por vos, por lo que estás pasando.

—...

—Soy mujer y te entiendo, ¿viste?

—...

—Y claro que no debe ser fácil.

—...

—Pero justamente como mujer que soy te voy a decir algo, vos no lo tenés que llamar más a Iván. Este problema es exclusivamente tuyo...

—...

—Y mirá que, como le digo a Ivi, yo no pongo en duda tu buena fe, ni dudo de que esto haya sido un accidente, ¿viste?

—...

—Porque otro podría dudar.

—...

—Pero, bueno, te vas a tener que hacer cargo de tu error.

—...

—Porque el error fue tuyo, ¿estamos de acuerdo, no?

—...

—Mi hijo no sabía que podía pasar esto. Si vos no le avisás, ¿cómo iba a saber?

—Yo...

—Una mujer siempre tiene que avisar.

—...

—Nosotras dos sabemos que lo que hiciste vos no fue leal, ¿o no?

—Pero yo...

—No sé qué dirán tus padres de todo este asunto, no los conozco. Ni los quiero conocer, no me malinterpretes. Pero yo, como madre de Iván, tengo muy claro cómo fueron las cosas, y quiero que a mi hijo lo dejes tranquilo, ¿me entendés, querida?

—...

—Y si tus padres tienen algo que decir, que me llamen directamente a mí o a mi marido. Porque si vos o alguien de tu familia siguen molestando a mi hijo, voy a tener que hacer la denuncia.

—...

—¿Estás ahí?

—Sí, pero tengo que cortar.

—Es una suerte que hayas llamado así pudimos aclarar estas cosas, ¿no?

—Tengo que cortar.

—Que estés bien y no vuelvas a llamar.

—...

—Chau, querida.

—...

5.

Me metí en mi cuarto. Me moría por saber qué estaba haciendo Ernesto en ese momento. Descartada por inútil la posibilidad de que hubiera ido a la policía, pensé que a lo mejor se había tomado un tiempo para arrastrar el cuerpo al lago. Para que se hundiera. Eso dificultaría más la tarea de quien tuviera que investigar la, entonces tal vez, desaparición de Tuya. ¡Esa sí que era una idea! Si hubiera podido llamar a Ernesto y decírselo. Pero no podía. Él no sabía que yo también era parte de esa historia. Por un momento pensé en usar la misma táctica que para mi cumpleaños. Una especie de asociación libre inducida. «Ernesto, anoche soñé con vos. Soñé que me regalabas para mi cumpleaños una campera de cuero color borra vino que me tiene loca, una que venden en el local tres de la planta baja de las Galerías Pacífico. No sabés, fue un sueño re lindo. Talle cuarenta y dos.» Pero en el caso en cuestión, tendría que haberlo llamado y haberle dicho algo al estilo de: «Ay, querido, disculpame que te moleste pero tuve una pesadilla, te vi arrastrando un cuerpo al lago de Palermo». Demasiado traído de los pelos, se iba a dar cuenta.

Tenía que mantener la calma, cosa que me costaba. Reconozco que estaba nerviosa. Me di cuenta porque no sabía qué hacer. Yo siempre sé qué hacer, siempre tengo las cosas claras. Pero esta vez, estaba confundida. Está bien que uno no ve matar a una mujer todos los días; y mucho menos que quien la mate sea su marido, el de una. Pero bueno, tampoco «matar», que suena tan rotundo, tan de dedo índice agitado en el aire, tan de maestra ciruela. «Accidental» tal vez sea un término más apropiado. O mejor «empujar y desnucar sin querer». «Desnucar» tampoco es una palabra de lo más feliz. «Preterintencional.» Ésa la busqué en un diccionario jurídico la semana pasada, por las dudas. Que a causa de un empujón «preterintencionado» ella se hubiera muerto, ya era otra cosa. Porque Ernesto no puso ahí el tronco donde fue a dar la cabeza de Tuya. Eso fue cosa del destino que quiso que esa mujer terminara así. O de Dios. Y yo en esas cosas creo. Y las respeto. Y busco el mensaje. Porque ¿por qué esa mujer terminó desnucada en los bosques de Palermo y no paseando con mi marido por la Recoleta? Las cosas son como son por algo.

Pero volviendo a lo de mi confusión, porque yo en el tema del accidente y de las culpas tenía todo bastante claro, lo confuso para mí era decidir si era mejor esperar a Ernesto en la cama y hacerme la dormida, o esperarlo sentada en el living. Porque si Ernesto venía, como yo suponía, desesperado por contarme lo que le había pasado, y me encontraba dormida, tal vez no se atrevía a despertarme. Pero si me encontraba despierta, ¿qué podía decirle para justificar mi desvelo? Si era más de la una de la mañana y yo a las diez de la noche ya estoy durmiendo como un tronco. Justo «tronco» se me tenía que venir a ocurrir.

Me puse el pijama y me metí en la cama. Estaba incómoda. Daba vueltas para un

lado y el otro. Traté de relajarme. Respiración profunda y esas cosas. Nada. Me levanté y bajé al living. Me senté en el sillón. La lluvia era cada vez más fuerte. Me imaginé el barro que habría en los bosques de Palermo para ese entonces. Me imaginé a Ernesto dando vueltas con el auto para poner en claro sus ideas. Me lo imaginé en la ruta de camino a casa, manejando bajo esa lluvia. Me acordé de las escobillas, de las de mi auto. De esa que no barría y que tendría que haber cambiado hacía meses. La izquierda. Y me dije: «Mejor ocuparme en algo útil mientras espero». Y fui al garaje a cambiar las escobillas. Ernesto siempre tiene repuestos para el auto. Bujías, fusibles, esas cosas. Yo sé bastante de mecánica, pero él no sabe que sé, porque ocuparse de los autos es una tarea de los hombres, y como decía mi mamá, el día que cambiás un cuerito, sonaste, porque ya creen que sos plomera diplomada y no agarran un destornillador ni que se esté inundando la casa. Abrí la caja donde Ernesto guardaba los repuestos y la revolví. Las escobillas estaban debajo de todo. En realidad debajo de todo no; cuando saqué las escobillas encontré un sobre que, por supuesto, abrí. Porque yo tengo mucha intuición, y sabía que tenía que abrirlo. ¿Y qué había adentro? Más cartas de Tuya. Con el rouge de Tuya. «¡Qué diálogo de mierda hay que tener para necesitar tanta carta!», pensé. Las leí. Eran una asquerosidad. «Este hombre es un reverendo idiota», pensé, «¿en cuántos lugares de la casa habrá dejado pistas de su romance?». Tiré las escobillas al cuerno y me puse a hacer una revisión a fondo de toda la casa. Yo ya le venía revisando desde hacía un tiempo bolsillos, attaché, cajones del escritorio, la mesita de luz, la guantera. Pero la caja de repuestos del auto supera la imaginación de cualquiera. Agité libros, desarmé bollos de medias, saqué fondos de valijas y bolsos. Sólo encontré una foto carnet de Ernesto, atravesada por los labios de Tuya. Adentro de una cajita de preservativos. La foto tenía una dedicatoria: «Para que los disfrutemos juntos». Fue en ese momento en que me quedó claro por qué Dios puso ese tronco donde lo puso. Guardé la foto y los preservativos con el material que había encontrado en mi primera revisión, unas semanas atrás. Pensé en quemar todo antes de que viniera Ernesto. Dadas las circunstancias, no se podía correr el riesgo de que alguien las encontrara. Pero no sé, las guardé. Una nunca sabe. Yo había armado una especie de escondite en el garaje cuando todavía no había abierto mi cuentita en el banco. Un trabajo verdaderamente prolijo: había aflojado un ladrillo, lo había sacado limpito, lo había partido al medio, y otra vez al lugar de donde lo había sacado. Pero esta vez sólo la mitad del ladrillo. Con los billetitos atrás claro. Los billetitos ahora están en un lugar más seguro. «¡Vaya uno a saber dónde terminan estas porquerías!», pensé mientras doblaba las fotos y las notas para que entraran.

En ese momento llegó Ernesto. Me agaché detrás de mi auto para que no me viera. Me parecía muy fuerte que bajara del auto y me encontrara ahí en el garaje. Se iba a sentir espiado. Era mejor dejarlo tomarse su tiempo antes de que me largara

todo el rollo. Tal vez un whisky, unos mimos si hiciera falta. No sé, algo que lo entonara. Y después la charla y el alivio de una vez por todas. Ernesto salió y le di tiempo a que subiera. Sabía perfectamente lo que yo tenía que hacer: ir a la cocina y calentar un poco de leche. Después subir y decirle: «Hola, mi amor, me desvelé. ¿Vos todo bien?».

Antes de salir del garaje me detuve a observar el auto de Ernesto. Tenía barro hasta la manija. Se me hizo evidente que, por un tiempo, iba a tener que pensar por los dos.

6.

Material fotocopiado de una publicación española de práctica forense, encontrado en la mesa de luz de Inés Pereyra, con notas en los márgenes y a pie de página, incorporadas entre paréntesis al texto en la versión transcrita a continuación.

La tierra de la escena del crimen y alrededores a la misma, es el lugar por donde empiezan su revisión los agentes forenses. Aunque no es una prueba en sí misma, los agentes nunca dejan de tomar una muestra de dicha tierra cuando realizan su inspección en busca de pruebas. Hoy en día, la investigación forense cuenta con técnicas muy precisas para comprobar si hay restos de la misma tierra en la ropa o el vehículo del sospechoso. (¡Ojo, lavar ropa urgente!)

La cosa también funciona a la inversa. Si tienen al sospechoso, pero aún no saben dónde se llevó a cabo el crimen, una minuciosa revisión de su ropa, su automóvil, su vivienda, o su lugar de trabajo, puede dar cuenta clara de una zona o área particular en donde encontrar el cadáver, si fuera el caso.

La revisión del vehículo es decisiva. Hay que revisar con esmero carrocería y paragolpes. Si se comprueba que la tierra allí acumulada y la tierra de la escena del crimen son la misma, los agentes estarán ante una importante evidencia. (¡Limpiar a fondo los dos autos!)

El agente también levantará cualquier trozo de barro que encuentre en la escena del crimen, y con posterioridad lo comparará con los restos de tierra pegada en el chasis del auto sospechado. Si una pieza encaja con la otra como en un rompecabezas, quien usa el vehículo en cuestión no podrá negar que estuvo en el lugar de los hechos.

Otro elemento que estudian los agentes forenses es la marca o huella de neumáticos o pisadas. Incluso utilizan una técnica similar a la de los odontólogos para obtener moldes de yeso de las huellas halladas, y luego poder examinarlas con más claridad. En el caso de que la huella del neumático sea importante, en cuanto a tamaño y claridad, los agentes podrán deducir el modelo, tamaño y marca del automóvil utilizado en el hecho en cuestión. Si los neumáticos estaban deteriorados, harán una identificación mucho más exacta porque el dibujo estándar del fabricante se habrá transformado en otro, particular, según cómo se hayan gastado dichos neumáticos. (Irrelevante con lo que llovió.)

Las huellas de zapatos también son analizadas. Como mínimo indican cuánto calza quien llevaba esos zapatos. Pero además, dada la diversidad de modelos de suela que hay en el mercado, muy probablemente el agente forense estará en

condiciones de averiguar el tipo de calzado utilizado por quien o quienes estuvieron en la escena del crimen. Es más, los agentes forenses se creen capaces de deducir de qué forma camina la persona que dejó esa huella analizando, a través de la misma, cómo gastó la suela de su zapato. (Interesante, pero también irrelevante.)

7.

Subí a la habitación con mi vaso de leche tibia. Ernesto no estaba ahí. Salí a buscarlo por el pasillo. La puerta del cuarto de Lali estaba entreabierta y me acerqué. Espié sin entrar. Ernesto lloraba sentado en el piso, junto a la cama de Lali. La acariciaba. Había tantas cosas por hacer y él se tomaba sus tiempos para sensiblerías. No se llora sobre la leche derramada. Se trae un trapo y se limpia. Y acá, la única que había empezado a hacer un poco de limpieza era yo. Pero para limpiar como se debe, necesitaba que Ernesto, de una vez por todas, me contara lo que había pasado. Y por el momento parecía más interesado en llorar velando el sueño de su hijita del alma. ¡La consiente tanto! Lo que pasa es que Ernesto todavía se siente en falta con ella. Y eso que pasaron diecisiete años. Ernesto no estaba decidido a casarse, decía que era demasiado pronto. «¿Pronto?», dijo mamá. Hacía tres años que salíamos, desde los diecinueve. «Lo tenés que apurar; nena, si no, no se va a decidir nunca.» Y yo lo apuré. No me costó nada. Quedé enseguida. Se lo dije no bien me hice el análisis. Y él dudó, no de mí, dudó de tener el hijo. Nunca lo hablamos, pero yo sé que dudó. Ernesto estaba mudo, no decía una palabra. Yo no quería que se le cayera el ánimo, así que no paraba de hablarle. Le conté que había soñado que el bebé tenía sus mismos ojos. Le dije que ya tenía los nombres, Laura si era nena y Ernesto si era varón. Le conté lo feliz que se había puesto mamá cuando le dije que iba a ser abuela. Ernesto seguía sin decir una palabra. «Ernesto, ¿vos no estarás pensando en que me lo saque, no?» Fueron palabras mágicas, Ernesto se puso a llorar como un chico. Decía: «Perdoname, perdoname». Y sin dejarlo decir más, le agarré la mano, se la puse sobre mi panza y dije: «Bebé, te presento a tu papá».

Me hubiera quedado esperándolo despierta. Quería que Ernesto me contara todo de una vez por todas. Pero eran las cuatro de la mañana y Ernesto no aparecía. Podía haber ido a buscarlo y decirle: «Ernesto, ¿por qué no te dejás de joder y te venís a acostar de una vez por todas?». Pero no quise forzarlo, había tenido un día muy duro. No era cuestión de seguir echando leña al fuego. A mí también me hacía falta descansar. Me tomé la leche, me metí en la cama y me dormí.

El despertador me levantó a las seis y media. Ernesto no estaba a mi lado. No era lo habitual, él nunca se levantaba antes de las siete. Su lado estaba intacto. Me dio escalofríos imaginármelo dormido, acurrucado, sobre la alfombra del cuarto de Lali. Fui a ver, pero ya no estaba ahí. Se estaba duchando. Me apuré, tenía que lavar su auto antes de que saliera. Lo dejé impecable a una velocidad asombrosa. Soy buena para esas cosas. Cuando entré en la cocina, Ernesto ya estaba ahí. Preparaba café. «Hola, querido», le dije. «Hola», me contestó y se sirvió café. Me senté frente a él y le sonreí. Quería que se sintiera a gusto, que viera que su mujer era un bálsamo capaz de curarle cualquier herida. «¿Alguna novedad?», dije sin dejar de sonreír y como

para darle ese empujoncito que Ernesto siempre necesita. No me contestó. Me costó mantener mi sonrisa, se puso tensa, como una mueca. ¡Cuando Ernesto se cierra en sí mismo me irrita tanto! Tomó su café. El diario estaba doblado al lado de su taza, pero no lo abrió. «Mala señal, ya empieza a hacer burradas», pensé. Ernesto nunca sale de casa sin leer el diario. Y el punto número uno del decálogo del asesino perfecto es ser fiel a sus rutinas diarias. Si no, es como estar llamando a la policía. «Eh, chicos, miren, acá estoy yo, con la vista perdida, la cara desencajada, el café chorreado porque no le emboco a la boca, ¿no les parece que debo estar metido en algo extraño?» «Ernesto, ¿ya leíste el pronóstico del tiempo para este fin de semana?», le dije mientras le abría el diario y casi se lo ponía en las manos. Ernesto fingió que leía. «Dios mío», pensé, «¡qué difícil va a ser esto!». «Ernesto... ¿se solucionó el problema de sistemas que tenías?». Ernesto me miró y casi me da un ataque: se le llenaron los ojos de lágrimas. Me agarré la cabeza, abatida. Lo miré y le dije de una: «Ernesto, se debe haber solucionado mientras ibas en camino y te volviste porque a la media hora estabas en casa, yo oí que tu auto entraba, eran las diez y media de la noche a más tardar; y ya no saliste más. ¿Okey? Saliste a las diez y estabas de vuelta a las diez y media. Eso no da tiempo para llegar a ninguna parte, ni para hacer nada. ¿Me entendés, no?». No sé si me entendió. No sólo no decía nada sino que además me miraba con esos ojos que me daban ganas de mandarlo a la esquina en penitencia. Porque en el fondo Ernesto, y ése es su grave problema, es un chico. No termina de crecer nunca. Y yo a veces me canso de hacerle de madre. Porque por más que una quiera a un hombre, una tiene sus límites, y hay momentos en que, francamente, le pegaría un tiro.

Pensaba en eso de pegarle un tiro cuando entró Lali. Saludó apenas, como siempre. Ernesto la siguió con la mirada hasta que se sentó, parecía que le iba a decir algo pero enseguida agarró el diario e hizo como que leía. Lali se sirvió azúcar y revolvió el café. Miraba dentro de la taza mientras revolvió una y otra vez. «Nena, lo vas a marear», le dije como para romper el hielo. Levantó la vista, me miró, y volvió a revolver como si nada. Son esos momentos en que una les daría vuelta la cara de un cachetazo. Pero, como dije, no estaba la cosa como para agregar leña al fuego. Lo mejor era dejarla correr. «¡Qué bien dormimos todos anoche, ¿no, Ernesto?!» Ahí Ernesto me miró y me entusiasmé. Pero enseguida volvió a dejar su vista perdida sobre el diario. No había nada que hacerle, Ernesto no la agarraba, estaba, yo diría, desconcertado. Un tipo que mata a una mujer, y después se desconcierta. Un mono con navaja. Un verdadero peligro. Yo arremetí: si no tomaba las riendas de la situación, estábamos perdidos. «A las diez y media de la noche ya estabas durmiendo como un angelito, ¿no, mi amor?» Me quedé con el «¿no, mi amor?» en el aire. Lali me miró con desaprobación, no tenía motivo, pero ella siempre me mira con desaprobación. Agarró su mochila y se fue. Siempre me pareció que el solo hecho de

que yo dijera una palabra le molestaba. Dice que hablo mucho. ¿Cuándo hablo yo? Además se cree muy inteligente, «como papá», decía cada vez que traía el boletín. Yo sé que me subestima. Pero yo la perdono, ¿quién no puede perdonar cuando se trata de una hija? Ella fue siempre muy rígida, muy estructurada, se cree que ser inteligente es sacarse diez en matemáticas. Mi inteligencia es de bajo perfil, es inteligencia en las sombras, sin alharaca, sin muy bien diez felicitado. Inteligencia práctica, la que sirve para las cosas de todos los días. La que lo podía salvar a su papá de quedar tras las rejas. Porque mientras yo le armaba coartadas al inteligente de su padre, lo único que él hacía era sonarse los mocos.

Antes de irse, Ernesto se acercó a mí y me dijo: «Esta noche me gustaría que tuviéramos tiempo para hablar, tranquilos». Al fin. «Claro, mi amor», le dije. Y antes de salir agregó: «Si llaman de la oficina, avisá que voy a llegar recién al mediodía».

8.

Me tentaba seguir a Ernesto, me aterraba pensar en la cantidad de burradas que podía hacer ese hombre en cuatro horas. Pero se me ocurrió una idea mejor: ir a su oficina. Abrí el placard y busqué qué ponerme. Tenía que verme bien. Sin llamar la atención, no nos olvidemos de que había una muerta de por medio. Nada me conformaba. De alguna manera, ésa era una ocasión especial. Una no se puede presentar en la oficina del marido en jeans y zapatillas. Por más que sean de marca. Es una cuestión de imagen. Una tiene que ser coherente con la imagen que los demás se van formando de la mujer de un ejecutivo. Y la mujer de Pereyra no era para ellos una gorda con batón y ruleros. De eso estoy segura. Mi marido siempre se viste muy bien, se combina la corbata con el color de las medias, me mata si la camisa que se quiere poner tiene una arruga o sus zapatos no están recién lustrados. Es muy detallista.

Elegí un trajecito color arena, elegante pero discreto, que me compré para el civil de una amiga. Creo que me lo puse ese día y nunca más. Es que vivimos en un barrio residencial, todas casas con jardín y pileta, y para todos los días el taco aguja y la ropa de seda no van. Ni qué hablar de la medibacha. Una no puede regar las plantas o podar una Santa Rita con la medibacha puesta. Acá todas nos vestimos de elegante sport, un lindo pantalón, una linda blusa, chalequitos de bremer, de vez en cuando un blazer, una pashmina. Y buenos accesorios, que siempre ayudan a dar ese toquecito final.

Me hubiera gustado que mamá me viera. Ella siempre me critica lo que me pongo. Dice que no me pinto, que no me arreglo. Es que ella es tan chabacana, tan de departamento. Se viste a las nueve de la mañana como si fuera de noche, se pinta como una puerta, se baña en perfume. Y ya tiene casi setenta años. Me parece que le quedó esa costumbre de cuando todavía pensaba que papá podía volver. Pobre mamá. Se lo dije un día, y me cruzó la cara de un cachetazo.

La recepcionista me reconoció antes de que me presentara y se sorprendió por verme ahí. Yo no soy de ir a la oficina de Ernesto, de meterme en sus cosas. «Su marido todavía no llega, señora», dijo. «No, ya sé, justamente me pidió que avisara que hasta el mediodía no va a estar por acá, subo a decirle a su secretaria.» «Ella tampoco llegó», dijo. «Ni va a llegar», pensé para mis adentros; y reconozco que sentí un poco de culpa por un pensamiento tan poco apropiado. Pero bueno, una no puede controlar hasta los pensamientos. Dije: «La espero arriba, tengo que darle un mensaje». Y sin más subí a la oficina de Ernesto. No había nadie. Ernesto siempre se queja de que nadie llega antes de la nueve. Tenía media hora para hacer mi trabajo. Revisé todos los cajones de Ernesto. Esta vez no encontré nada. «¡Bien hecho, Ernestito, una que hacés bien!», pensé. Después revisé el escritorio de ella. Nada,

tampoco. «¡Qué prolijos estos chicos!», me dije. Pero conociendo las andanzas de Tuya, que firma papelitos con rouge y regala forros con dedicatoria, no me quedé muy tranquila. No podía ser que no tuviera un recuerdo de mi marido, una foto, un slip (en casa usa boxer, pero con ella, vaya una a saber), un osito con cartelito ridículo («dame tu miel», o similar), un poema. No sé, un algo. Esta mujer tenía que tener algo. En el centro del escritorio, un cajón pequeño tenía echada llave. Loforcé, fue fácil, esos cajones se abren con un poco de paciencia. Y a mí paciencia me sobraba. Todavía me sobra. Nada, un poco de plata, unos cheques, vales por rendir. Un manojito de llaves. Esto sí que me interesaba, y cada llave con su etiqueta. Una secretaria verdaderamente eficiente. «Oficina Señor Ernesto», señor Ernesto, qué hija de puta. «Recepción», «Entrada de servicio», «Entrada principal», «Sala de reuniones», «Copia Avellaneda». Dos llaves distintas en la misma arandela. Me quedé con esas copias en la mano, pensando.

Desde su propio teléfono llamé a la oficina de personal. Me identifiqué, por qué no hacerlo, dije que tenía que darle un mensaje urgente de mi marido a Tuya. Dije «Alicia», por supuesto. «Y como no llegaría necesitaría su teléfono particular y, si es posible, su dirección para mandar un cadete con unos papeles.» Se ve que mi marido era muy respetado en esa empresa, o que la gente de la oficina de personal era muy idiota, porque inmediatamente me dieron los datos sin preguntar más. Avellaneda 345, 5° piso «B». No había que tener muchas luces para darse cuenta de qué se trataba «Copia Avellaneda».

Era mi día de suerte, realmente no contaba con que se me abrieran las puertas de la casa de Tuya con tanta facilidad. Una bendición del cielo. Más que una bendición, un mensaje. Alguien allá arriba quería que yo revisara ese departamento antes de que llegara la policía.

Bajé las escaleras radiante. Estaba feliz. «Triunfal» sería la palabra justa. Nunca me habría imaginado que la visita a la oficina de mi marido fuera tan beneficiosa para nuestros planes. Nuestros, de Ernesto y míos, aunque Ernesto siguiera en la luna de Valencia. Saludé a la recepcionista con una amplia sonrisa. Me miré de reojo en el espejo de la entrada, y me guiñé un ojo a mí misma.

Mientras me miraba caminando hacia la puerta, jugué con el manojito de llaves escondido en el bolsillo de mi trajecito de seda color arena.

9.

—¿Quién te mandó?

—La prima de una amiga.

—¿Se atendió con nosotros?

—No sé, no me dijo.

—¿Cómo se llama?

—Belén Aguirre.

—Ah, sí. ¿Vos sabés cómo es esto, madre?

—Sí, bah, más o menos.

—¿De cuánto estás?

—No sé.

—¿Cuándo fue tu última menstruación?

—No me acuerdo.

—Tratá de acordarte porque eso es fundamental.

—Y... hace dos meses más o menos.

—Bueno, si es así, y si nos apuramos, podemos hacerlo por aspiración.

—¿Qué es eso?

—Se aspira, madre, con una pipetita muy chiquita que ni te molesta. Se mete, se aspira y sale todo. No hay que hacer raspaje ni nada.

—...

—Sale limpito, limpito.

—...

—¿Te sentís mal?

—Del estómago.

—Ah, quedate tranquila que eso es muy normal. Ya se te va a pasar. Ponemos una fecha, dos días de reposo relativo y después si te he visto no me acuerdo. Quedás como nueva, vida normal.

—¿Se me va a notar?

—¿Qué cosa?

—Lo que me voy a hacer.

—¡Y cómo se te va a notar si no te vamos a hacer nada!

—...

—Madre, si vos no querés que nadie sepa, nadie va a saber, ¿sí?

—Sí.

—Yo te voy a ir haciendo una receta para unas cositas que vas a necesitar. Un antibiótico para después, y el día anterior vas a tener que tomar un Valium, para estar bien relajadita, ¿sí? Eso te puede voltear un poco. ¿Te va a acompañar alguien?

—No sé.

—Bueno, yo te recomiendo que te consigas alguien de tu confianza, una amiga, no sé, vos sabrás, porque entre el Valium y la anestesia vas a salir un poco mareada, y no es bueno que andes así por la calle solita, madre.

—Bueno.

—¿Me querés hacer alguna preguntita?

—No.

—Entonces hablemos de los honorarios. Esto te sale mil pesos. Me lo tenés que traer en efectivo porque nosotros no trabajamos con cuenta bancaria, ¿sí? Dólares o pesos es lo mismo.

—...

—Tenés la plata, ¿no, madre?

—Sí, sí, la tengo.

—Bueno, no sé, ¿querés que pongamos la fecha ahora? ¿Te parece el 10 de julio?

—No, ese día me voy de viaje de egresadas.

—¿Pero vos cuantos años tenés, madre?

—Diecinueve.

—¿Seguro?

—Sí... repetí un año.

—Porque mirá que nosotros menores, si no vienen con un mayor, no atendemos.

—Yo tengo diecinueve.

—En eso somos muy estrictos, no queremos tener problemas.

—Le digo que soy mayor.

—Okey, madre, pero el día de la operación traeme el documento, ¿sí?

—Bueno.

—¿Querés antes o después de tu viaje?

—Después.

—Mirá que no nos podemos ir mucho más allá porque si no ya después se agarra fuerte y no se puede aspirar, ¿sí? ¿Vos cuando volvés?

—El dieciocho.

—Dieciocho es domingo. El lunes tengo todo tomado ¿Martes veinte te parece bien?

—Sí.

—Entonces, martes veinte a las diez de la mañana.

—Voy a tener que faltar al colegio.

—Y sí, no te va a quedar otra, madre.

—...

—¿Te anoto para el martes veinte entonces?

—Sí.

—Bueno, te espero el martes veinte a las diez de la mañana. No te olvides que el

pago tiene que ser en efectivo, y el documento por favor.

—...

—Llévate la receta para el Valium.

—Sí.

—Chau, madre.

—Chau.

—Buen viaje.

10.

Entré en el departamento de Tuya como si fuera mío. La llave más gruesa era la de la puerta de entrada. No me crucé con nadie, ni en la recepción del edificio ni en el palier. Antes de entrar, me coloqué unos guantes de goma que compré en el camino. A esa altura de mi vida llevaba vistas demasiadas series policiales como para andar dejando mis huellas por cualquier lado. Toqué el timbre, no fuera cosa que la muerta no viviera sola. Nadie respondió. Metí la llave en la cerradura y entré. Era un departamento de dos ambientes, chico pero coqueto, y muy ordenado.

Antes de inspeccionar cajones y armarios, hice una recorrida por el lugar. Sobraban portarretratos. Fotos familiares. Todos con sonrisas de publicidad de dentífrico. «Pensar que esta gente en poco tiempo va a estar llorando.» Dos fotos se destacaban por el tamaño y la ubicación: un retrato de Tuya en blanco y negro, y una foto color donde se abrazaba a una chica de unos veintipico de años, muy alta, de pelo largo y negro. Busqué a mi marido mostrando su dentadura, pero no estaba. Eso me alivió, si no tenía su lugar entre tanto pariente sonriendo, por algo era. «No se puede andar poniendo la foto del amante entre la bisabuela y la prima, como si todos fueran la misma cosa», pensé. Pero me equivocaba, no era sólo eso.

Empecé la revisión más exhaustiva por el living. No encontré nada que pudiera incriminar, o que mencionara o pudiera relacionarse con mi marido; ni siquiera papeles de trabajo. Después me ocupé del baño y de la cocina. Tampoco encontré nada. Dejé el dormitorio para el final. Sabía que si iba a encontrar algo, ése era el lugar. Y así fue. Abrí la puerta y me shockeó encotarme con una cama matrimonial. Por un momento me lo imaginé a Ernesto revolcándose en esa cama, sudando, trabajando y trabajando para darle amor a Tuya. Me empezó a invadir un sentimiento muy negativo, como una bronca o unas ganas de matar a alguien. Pero ella ya estaba muerta. Me relajé, respiré profundo, y me pude centrar otra vez en mi objetivo. Porque yo no estaba ahí para avivar el fuego sino para apagar el incendio. Y hay que verle el lado positivo a las cosas, en este caso a la cama, porque al fin y al cabo si lo que me molestaba era que Ernesto se hubiera revolcado en ella, estaba claro que ahí no se iba a volver a revolcar. Yo lo único que tenía que hacer en ese cuarto era borrar las huellas que pudieran incriminarlo. Y una cama matrimonial no incrimina a nadie, porque el revuelque no deja huellas. «O sí», pensé. Y me puse a revisar las sábanas. Estaban impecables, como si nadie hubiera dormido en ellas. Ni una mancha, ni un pelo, ni siquiera una arruga.

Veinte minutos después había terminado con el armario y con cada una de las cajitas donde Tuya guardaba todo tipo de porquerías. Todo muy naif. Postales, moños de paquetes, fotos, caracoles, servilletas de papel de distintas confiterías, cucharitas de tragos largos, boletines de la escuela primaria. Evidentemente Tuya era de juntar

mucha porquería. Se me ocurrió tirar todo y hacerle un favor al deudo a quien le tocara vaciar el departamento, pero no quise disponer de lo que no era mío.

La verdadera sorpresa me la llevé cuando abrí el cajón de la única mesa de luz que había en el dormitorio. Me encontré con un revólver, y debajo de él, dos sobres. No fue el revólver lo que me sorprendió. Es bastante común que una mujer sola, como era el caso de Tuya, tenga un revólver a mano. Hoy en día anda mucho loco suelto. Yo misma entiendo algo de armas porque, cuando papá se fue de casa, mamá compró un revólver y me enseñó a usarlo. «Dos mujeres solas no pueden estar seguras sin esto», me dijo. Pero nunca lo usamos. Creo que en el fondo mamá lo compró para pegarle un tiro a papá; por si el perfume y la pintura no daban resultado. Pero él no le dio el gusto, porque nunca volvió. Tomé el revólver y comprobé que estaba cargado. Como decía mi mamá, «ya que lo tenemos, que funcione».

Cuando terminé con el revólver abrí el primer sobre. Los guantes de goma hacían que mis movimientos fueran torpes. Me encontré con dos pasajes a Río. Uno a nombre de A. Soria, o sea Alicia Soria, Tuya. Y el otro a nombre de E. Pereyra, o sea Ernesto, mi marido. Eso me confirmaba que la relación era un mamarracho. Ernesto siempre odió la playa y el calor. Jamás hubiera planeado ir a Río, con nadie. Ni siquiera con Lali y conmigo. Llegué a la conclusión de que esa mujer lo había estado acosando. Seguramente ella había planeado el viaje y sacado los boletos. Tal vez la discusión que terminó con Tuya dándose la cabeza contra el tronco, había sido por ese viaje. Si el pasaje hubiera sido a Bariloche podría ser que la cosa hubiera sido planificada por él. Pero a Brasil, jamás. Yo lo conocía a Ernesto, hacía más de veinte años que lo conocía. El ticket estaba marcado para un par de semanas después. Pero Dios hizo justicia, porque para esa fecha, si todos teníamos suerte y la policía se tomaba sus tiempos, Tuya seguiría donde Ernesto la hubiera dejado.

Me guardé los pasajes en la cartera y abrí el otro sobre. Y eso sí que no me lo esperaba. En realidad, el contenido escapaba a la imaginación de cualquier persona con dos dedos de frente. Primero me enojé. Reconozco que me enojé mucho. Pero enseguida sentí lástima. ¿Qué otra cosa se podía sentir frente a esas imágenes? Fotos en blanco y negro, chiquitas, como esos contactos que te hacen en las fiestas para que después elijas una. Fotos de Ernesto. Desnudo. ¡A quién se le puede ocurrir hacer posar a Ernesto desnudo y sacarle fotos! Ernesto es un tipo que tiene su pinta, ¡pero vestido! Cuando está desnudo le cuelgan demasiadas cosas. Ya no tiene veinte años. Está flojo por todos lados. Yo misma, que soy su esposa, cuando sale desnudo del baño ni lo miro. No me parece atractivo. Vestido sí, vestido es otra cosa. Ernesto siempre fue un tipo buen mozo, elegante. Pero hacerlo sentarse en una silla en bolas, mirar a la cámara y poner esa cara de idiota. ¿No se le ocurrió pensar en la gente que lo iba a ver cuando mandaran a revelar el rollo? Como para poner la foto en un portarretratos.

Metí las fotos otra vez en el sobre, casi con asco, y las guardé en mi cartera. Dejé el resto exactamente como estaba. Pero cuando llegué a la puerta me volví. Abrí el cajón de la mesa de luz y me llevé el revólver. No sé, un arranque. Además, un revólver siempre se presta a suspicacias. Y cargado, mucho más.

Abrí apenas la puerta y me aseguré de que no hubiera nadie en el pasillo. Mientras bajaba en el ascensor me felicité por haber ido. Llevaba en la cartera demasiada evidencia en contra de Ernesto. Evidencia falsa, porque en definitiva él y yo sabíamos que todo había sido un accidente. Pero no sólo hay que ser, sino parecer. Y si alguien hubiera encontrado esas lamentables fotos de Ernesto y los pasajes, habría sido difícil convencerlo de su inocencia. Además, de sólo pensar que esas fotos podrían haberse hecho públicas, se me ponía la piel de gallina. ¡Cómo se puede venir abajo la imagen de un hombre de un plumazo! Por suerte estaba yo allí, para que eso no pasara.

Había caminado sólo unos pasos cuando un taxi paró frente al edificio. Del auto bajó la morocha del portarretratos. La alta, de pelo largo. Traía mala cara. Y parecía apurada. Dejó el taxi esperando en la puerta. Abrió con sus propias llaves y entró. Si me hubiera demorado cinco minutos nos habríamos cruzado en el departamento. Busqué un lugar desde donde mirar sin ser vista. Frente al edificio había un bar y me metí ahí. Me senté junto a la ventana. Se acercó un mozo, y se paró junto a mí. Le pedí un café, no tenía ganas de tomar nada, pero quería que se fuera rápido para poder manejarme tranquila. Se quedó mirándome, me miraba las manos. Yo también las miré y me encontré con los guantes de goma. Puestos. «Qué tarada, salí apurada y me olvidé de sacármelos», dije. Me quité los guantes y los metí en la cartera. El mozo se dio media vuelta y fue por el café.

Al rato salió la morocha conversando con un hombre que parecía ser el portero del edificio. Le hablaba preocupada. El hombre movía la cabeza también preocupado. La acompañó hasta el taxi, le abrió la puerta. Ella le dio una tarjeta, subió al taxi y se fue.

Cuando el mozo llegó con el café yo ya juntaba mis cosas para irme. El hombre se molestó. Era bastante bruto, y la imagen no lo ayudaba: el pelo canoso lo tenía tan crecido que podía hacerse una cola de caballo, y tenía un bigote absolutamente negro. Un asco. Para peor, pateó sin querer la mesa y me volcó media azucarera encima. Le tiré las monedas del café sobre la mesa y me fui sin tomarlo.

Era una linda mañana de sol, así que me fui caminando por Rivadavia, sin apuro, pensando. Con la marcha, caían restos de azúcar de mi pollera de seda, y eso me distraía un poco. La sacudí para poder concentrarme. Volví a mis elucubraciones. Si no me equivocaba, ya no jugaba sola. Y si la morocha estaba preocupada por la ausencia de su «vaya a saber qué», alguien empezaba a dar pasos que modificarían los míos. Aunque yo llevaba unas cuantas horas de ventaja, ya no podía dar pasos en

falso. La cosa se empezaba a poner más difícil, pero también más entretenida.

Paré en una peluquería y me hice depilar. Como decía mi mamá «una siempre tiene que andar por la calle depilada y con la bombacha limpia». Y en eso sí que le doy la razón. En esta vida hay que estar siempre preparada, porque nadie tiene comprado nada.

Y una nunca sabe qué le puede llegar a pasar.

11.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé.

—Te digo que lo del documento es un tema...

—¿Qué documento?

—¿No te dijeron que si sos menor no te lo hacen?

—Pau, tampoco nos tendrían que vender cerveza o entradas para el boliche...

—Ay, Lali, no vas comparar...

—¿Qué? Mil mangos es mucha guita. Es como quinientas cervezas.

—¿Quinientas?

—Si llevo la plata me lo van a hacer, si está todo podrido.

—...

—Me dieron fecha para el veinte.

—Ay, qué bajón...

—Sí...

—...

—...

—¿Entonces a tus viejos no les vas a decir nada?

—No, ni en pedo.

—...

—Mi viejo está muy raro, me parece que sospecha algo.

—¿Sí?

—Ayer me vino a ver a mi cuarto, a la noche. Yo me hice la dormida.

—¿Y?

—Lloraba.

—¿Lloraba?

—Me pareció.

—Yo no creo que sepa...

—Capaz nos escuchó hablar.

—Pero te hubiera dicho...

—No sé.

—...

—...

—No, no puede saber. Escuchame, Lali, tu viejo no puede decir todas las boludeces que dice en las reuniones por el viaje si sabe lo que te está pasando.

—Sí, en eso tenés razón.

—...

—Pero me preocupa mi viejo. Lo veo medio mal y no sé, siento que capaz es mi

culpa.

—No te des máquina, para mí tu viejo no sabe ni ahí.

—...

—...

—Me compré la campera.

—Ah, ¿cuál?

—La de duvet, porque la otra era refinita y me iba a cagar de frío.

—Sí, yo también voy a llevar una de duvet. ¿Te parece que con una campera sola estará bien?

—Yo llevo también la de cuero, para la noche.

—Sí, tenés razón, no vamos a estar todo el día con lo mismo.

—...

—¿Y al final te comprás los borcegos?

—Mi viejo me dio la plata, pero me la voy a guardar. Para llegar a los mil.

—Ah...

—...

—...

—...

—Yo creo que cien o doscientos mangos te voy a poder prestar.

—Okey.

—¿Le vas a pedir a Iván?

—No.

—¡Qué pibe hijo de puta resultó ése!

—...

—¿Cuánta guita te falta?

—Quinientos y algo.

—¿Y qué vas a hacer?

—La voy a robar.

—¿Me estás jodiendo?

—No, se la voy a robar a mi vieja.

—Pero se va a dar cuenta.

—Sí, pero no va a poder decir nada.

—Por...

—Porque ella se la roba a mi papá.

—...

—Esconde guita en el garaje, debajo de un ladrillo.

12.

Volví a casa. Primero que nada, guardé la evidencia en el garaje, en el hueco de la pared. Con los guantes de goma puestos. El revólver no entraba y lo terminé escondiendo en el baúl de mi auto, debajo de la rueda de auxilio. No me quedaba mucho más por hacer. Ordenar un poco la casa, lavar las tazas del desayuno.

Antes de empezar me saqué el trajecito y me puse cómoda. A las tres de la tarde estaba todo listo. Me dije, «ahora a descansar, me siento en el sillón del living, me tomo un cafecito, y me relajo un poco». Y eso hice. Pero a las tres y cuarto me estaba comiendo los codos. Era imposible esperar relajada a que llegara Ernesto y me contara todo. Me puse a limpiar. En realidad la casa estaba limpia, pero me puse a hacer esas cosas que uno no hace todos los días. Le pasé la franela a los muebles, le saqué brillo a los metales, enceré. Hasta hice un bizcochuelo. Tenía una receta de una tarta de alcauciles, pero me decidí por el bizcochuelo. A las cinco de la tarde estaba agotada. Y nerviosa. Ernesto nunca llegaba antes de las nueve; si seguía con ese ritmo otras cuatro horas iba a terminar de cama. Y si había alguien que tenía que estar en estado, despierta y alerta, ésa era yo.

Tomé el toro por las astas y me fui para la oficina de Ernesto. Cuando estaba por entrar en el edificio vi salir a la morocha que me crucé esta mañana en el departamento de Tuya. Me tentó seguirla. Pero no lo hice. Me anuncié con la recepcionista. Estaba anotando algo y no me había visto. Antes de pasar, hice con ella algunas averiguaciones. «Esa chica morocha, alta, que acaba de salir, me parece que la conozco de alguna parte, ¿trabaja en la empresa?» «No, es Charo, la sobrina de Alicia Soria.» «Ah, finalmente llegó Alicia...» «No, y es raro, ni vino ni llamó.» «¿Y su sobrina está preocupada?» «Supongo, a mí ni me saludó, fue directo al ascensor y subió.» «Bueno, su tía es una señora grande, debe saber cuidarse», dije y yo también me metí en el ascensor.

Bajé en el piso de Ernesto. La puerta de su oficina estaba abierta y desde el pasillo podía verlo. La vista perdida, el escritorio limpio de papeles, el gesto preocupado. Su única ocupación era destruir un clip, desarmando su recorrido de caracol elíptico, y romperlo en pedacitos. Entré decidida. «Hola, Ernesto, ¿te dijeron que estuve esta mañana? Me había olvidado de avisar que llegabas al mediodía, y como tuve que venir a hacer algo al centro...», dije y me senté frente a él. No sé si oyó que había estado esa mañana, si ya lo sabía, o qué, pero de hecho no le importó, porque no hizo ningún comentario. En cambio, para mi sorpresa, dijo: «Qué casualidad, estaba pensando en vos». Miré el clip destrozado sobre el escritorio. «¿Y qué pensabas?» «En la charla que tenemos pendiente.» «Para eso vine. Tenía la tarde libre, y me pareció una picardía dejarlo para la noche. Parecías algo preocupado.» «Estoy preocupado, Inés», me dijo y me tomó las manos por sobre el escritorio. Creo

que Ernesto no me tomaba las manos así desde hacía unos quince o dieciséis años. Mi mamá me hubiera dicho: «Con los hombres es más peligroso un ramo de flores que una cachetada». Pero a mí me hacía tan bien que me agarrara las manos. Me miró a los ojos y me dijo: «Lo que tengo que decirte es muy duro. Sé que te puede hacer mal». Puse cara de asustada, me pareció que correspondía. «Pero sos mi mujer y tengo que contártelo. Hace veintidós años que estamos juntos...» «Veinte nada más, Ernestito, aunque te parezca mentira», pensé pero no lo corregí, no me pareció oportuno. «Vos y Lali son para mí lo más importante que tengo en el mundo», dijo con lágrimas en los ojos. Le apreté fuerte la mano y le dije: «Lo sé, Ernesto». «Si yo pudiera mantenerte al margen de esto te juro que lo haría.» «Ernesto, confiá en mí, por favor.» «No se trata de confianza, se trata de herir y no quiero herirte.» «¡Ay, mi vida, herime un poco y terminemos con esto de una vez!», pensé, y dije: «Ernesto, yo parezco una mujer frágil, pero en el fondo soy muy fuerte. Además, yo estoy con vos, Ernesto». «Gracias, mi amor.» ¡Me dijo mi amor! Ernesto nunca me había dicho «mi amor», ni siquiera cuando quiso convencerme de que nos acostáramos por primera vez. Lo más lindo que me dijo en la vida fue «yo también», después de un «te quiero» mío. «Dale, Ernesto, ¿me decís ‘yo también’?», le pedía resignada los primeros años juntos. Después me acostumbré a su silencio. Ernesto era parco por naturaleza. Por eso daba las vueltas que daba para contarme lo de Tuya. «No me gustaría que lo que voy a contarte empañe tantos años de felicidad.» «No te preocupes; lo empañó, pero yo ya le pasé un trapo», pensé y no dije nada. «Yo... te acordás de Alicia, mi secretaria, ¿no?» «Sí, claro.» «No te pongas mal, Inés, pero Alicia y yo...» «¿Alicia y vos qué?» «Estábamos envueltos en una situación... complicada...» «Ernesto, no des tantas vueltas, decime lo que me tengas que decir, estoy preparada.» Ernesto respiró, me miró a los ojos, y dijo: «Alicia me acosaba sexualmente». Casi me río. «¡No te puedo creer!», dije. «Sí, es muy triste, yo nunca te lo quise contar pero viví momentos muy feos.» «Me imagino...» «No se lo deseo a nadie.» «No, yo tampoco.» Primero sentí indignación por la mentira, pero enseguida pensé que tal vez fuera cierto. Porque en realidad todas las cartas que encontré eran dirigidas a Ernesto, y yo no sabía cómo había respondido él a esas cartas. Yo misma había concluido que lo de los pasajes a Río podía haber sido una cosa de ella. Estaba por convencerme de eso cuando me acordé de las fotos, las que aparecieron junto al revólver. Las fotos en bolas. Cuesta creer que Tuya lo haya forzado a sacárselas. Si hasta sonreía a la cámara como si hubiera dicho «whisky». Cuando uno se empieza a enredar en sus propias elucubraciones pierde el rumbo, y yo estaba perdida. Porque era claro que Ernesto sí me estaba mintiendo. Pero lo importante no era eso, sino por qué lo hacía. Ernesto me mentía porque me quería, tan simple y fundamental como eso. ¿Para qué contarme de una aventura extramatrimonial que ya era historia del pasado? «Ernesto es un hombre maravilloso», pensé. No como esos que se sacan la calentura afuera y

después vienen a sacarse la culpa en casa. «Querida, no puedo mentirte, tengo que confesarte que me encamé con tu mejor amiga», dicen. «¡Pero mentime, hijo de puta, que es lo menos que me merezco!», habría que contestarles a esos crápulas. Evidentemente Ernesto no era un crápula. Ernesto era un flor de hombre; me mentía, se quedaba con toda la culpa él solito, se la bancaba como corresponde. «Jamás te habría contado esto si no fuera porque pasó algo terrible.» «Ernesto, no me asustes...» Me gustó la frase, creo que era justa para la ocasión. «Te acordás que anoche recibí un llamado y tuve que salir, ¿no?» «Sí.» «Era ella, me decía que si no la veía en media hora, junto al lago de Palermo, iba a hacer una locura. Entendeme, yo no podía dejar que esa mujer se matara.» «¿Cómo no te voy a entender, Ernesto?» «Me fui para allá. Te mentí, perdoname, no tenía una reunión. Tenía que pararla.» Asentí con la cabeza. «Nos encontramos y ella creyó que yo estaba ahí para otra cosa, para ceder a su acoso..., ¿podés creerlo, Inés?» «¡Qué loca estaba esa mujer, Ernesto!» «¡Que loca está esa mujer!», me corregí enseguida. «Entonces se me tiró encima, me quería besar, no sé, me da mucha vergüenza contarte esto.» «Ernesto, soy tu mujer, quedate tranquilo.» Ernesto me besó las manos. «Y entonces fue que sucedió el accidente. Yo quise apartarla de mí, no quería que me tocara, que me besara. Ella no entraba en razones y decidí irme. Pero me tenía agarrado por los hombros y, para sacármela de encima, la empujé. Y ahí...» Me venció la ansiedad, golpeé el dorso de la mano contra el escritorio y dije: «¡Pum!». Ernesto siguió como si nada: «Cayó, con tanta mala suerte, que dio la cabeza contra un tronco, y se desnucó». «¡Qué barbaridad!», dije tapándome la boca. «Una fatalidad», dijo Ernesto. «Un lamentable accidente sin culpables», dije. «Exactamente», dijo Ernesto. Le acaricié la cara, nos miramos, nos sonreímos. Él volvió a besarme las manos. «Si te involucro en todo esto es porque no me gustaría andar dando explicaciones fuera de nuestra intimidad. Sería dejar muy mal parada a Alicia. Vos como mujer, lo debés entender.» «Y cómo, Ernesto, claro que lo entiendo.» «Por eso pensé que era mejor no hacer la denuncia y dejar que la cosa corriera con naturalidad, que pasaran los días, y que para cuando alguien empiece a preguntarse dónde está Alicia, ya nadie pueda sacar conclusiones equivocadas.» «Estoy totalmente de acuerdo con vos, Ernesto.» «Esto es muy difícil para mí, imaginate, fingir que no sé nada de Alicia, cuando la pobre...» Ernesto se emocionó. «Hablando de la pobre, Ernesto, ¿dónde está ahora?» Ernesto suspiró. «La hundi en el lago.» Ernesto me apretó la mano. Yo se la besé. «¡Qué feo pasar por esto, Ernesto, tener que arrastrarla...» «No, no la arrastré. Tomé prestado uno de esos botes de alquiler, la cargué, remé hasta el medio del lago, y bueno...» Ernesto casi lloraba, me paré y lo abracé. «Necesito pedirte algo.» «Lo que sea, Ernesto.» «Yo preferiría decir que esa noche estuvimos juntos, en casa, que en ningún momento salí. Necesito dar esa coartada, no tengo otra. Si digo que salí y volví enseguida se va a enredar todo, van a volverme loco a preguntas. No

sé si a vos te parece...» «Claro que me parece, ¿para qué andar dando explicaciones?» «Si en definitiva fue un accidente.» «Ernesto, esa noche después de cenar, los dos estuvimos en casa, vimos una película, ya me voy a fijar cuál, hicimos el amor, y después nos dormimos.» «Gracias, Inés.» «Te quiero, Ernesto.» «Yo también.»

Ernesto me besó en la boca como hacía años no me besaba.

Salí de su oficina mucho más tranquila. Me había dado cuenta de que Ernesto podía manejar la situación mejor de lo que yo creía.

Caminaba de regreso a casa con la certeza de que, esa noche, haríamos el amor como bestias.

13.

Fotocopias halladas en la casa de la familia Pereyra; a la fecha, no ha podido corroborarse la fuente. Las mencionadas fotocopias fueron encontradas en el baúl del auto que habitualmente usaba la señora Inés Pereyra, debajo de la rueda de auxilio. Las acotaciones en el margen y a pie de página fueron incorporadas al texto transcripto a continuación, entre paréntesis, por considerarse relevantes. Las cruces indican textos donde aparecen marcas que no pueden traducirse pero que, evidentemente, indican un llamado de atención sobre el párrafo o frase en cuestión.

Hay diversas formas de morir. (¡O de matar!)

A diferencia de otras épocas, ya no es tan sencillo conseguir venenos efectivos y, por otra parte, estas sustancias son muy fáciles de detectar con las actuales prácticas forenses.

Las armas de fuego, si bien son cada día más accesibles al público, presentan una importante complicación: es relativamente fácil, cuando así se quiere, relacionar el arma con el asesinato, y aun con quien lo cometió. Por eso las armas de fuego son mayormente utilizadas en agresiones planeadas con cierta premeditación. (XXXXXX)

Cuando se trata de agresiones no planeadas, en cambio, aparecen armas menos refinadas, desde un simple cuchillo de cocina, hasta unas tijeras, o una navaja.

O, cualquier objeto lo suficientemente pesado como para provocar una herida grave, por ejemplo, un martillo, un velador, un adorno. (XXXX Un tronco de madera. XXX)

La medicina forense califica de traumatismo a toda violencia ejercida sobre un organismo humano. Cuando el traumatismo se produce por el choque de un cuerpo de superficie regular o irregular, contra un cuerpo humano o animal, llamamos al mismo contusión.

Una de las posibles formas medicolegales de las contusiones son las heridas contusas, y dentro de éstas, la caída y sus variedades. Los forenses sólo califican al hecho de caída, si el sujeto se encontraba de pie o acostado. (De pie y empujando.)

Cuando el sujeto cae desde una altura de hasta 50 metros se denomina defenestración, y de más de 50 metros, precipitación. La caída, y éste es el punto más importante, es casi siempre accidental. (XXXXXXXXXXXX) O por lo menos así la clasifica la medicina forense. En cambio la defenestración y la precipitación pueden ser accidentales, homicidas o suicidas. (Okey, esto fue caída.)

14.

Los días siguientes fueron un infierno. No pasó nada. ¿Cómo una puede sentirle el gusto a lavar los platos, a barrer o a planchar, cuando tiene entre manos algo tan importante como el encubrimiento de un asesinato? ¿Cómo concentrarse en el punto del caramelo, en bajar la comida del freezer, o limpiar un inodoro? ¿Cómo soportar la eterna cara de culo de una hija adolescente?

Recién el viernes empezó a moverse la cosa. Al mediodía estaba viendo un noticiero mientras comía algo. Yo siempre miro el noticiero mientras como, pero le bajo el volumen. ¡Hay cada noticia que se te atraganta la comida! Le subo la voz sólo cuando aparece la cronista de espectáculos o la que da el tiempo. Pero ese día me encontré con una cara conocida y subí el volumen antes de lo esperado. Era Charo, la sobrina de Tuya, saliendo de una comisaría junto con un matrimonio mayor, que resultaron ser los padres de la occisa. Lo de occisa es una apreciación personal, el periodista hablaba de «la desaparecida hija del doctor Soria». La noticia tuvo mayor relevancia de la esperada, justamente porque el padre de Tuya era un médico retirado pero muy conocido, con lo que el asunto cobraba un encanto adicional para el periodismo. Los padres se veían abatidos, y la morocha los ayudaba a llegar al auto entre micrófonos y flashes. La única que respondía a algunas de las preguntas era ella. Me quedé mirándola. Definitivamente, no era linda. Llamativa, tal vez, porque era muy alta, muy erguida. Linda no. Algo de ella me molestaba sobremanera. La miraba y no terminaba de darme cuenta. Hasta que la enfocaron bien de frente, antes de subir al auto. ¡Tenía un par de tetas! ¡Ese tipo de tetas que me dan tanta bronca! Redondas, duritas, orgullosas. Tetas jóvenes. Aunque yo ni de joven las tuve. Mi mamá tampoco, por eso ella odiaba esa creencia popular que dice que las tetas perfectas tienen que entrar justas en una copa de champán. De las copas redondas, no las alargaditas, por supuesto. ¿O ésas son de sidra? Yo de chica tenía esa fantasía. Me las medía. De lejos. Nunca me atreví a hacer la prueba concreta. Me daba miedo que la copa me hiciera un efecto sopapa y mis tetas quedaran atrapadas para siempre. Esas pavadas que una piensa cuando todavía es inocente. Hoy por hoy no tengo esa clase de miedos. Pero soy consciente de mis limitaciones; mis tetas ya no pasarían esa prueba. Las de Charo sí.

Me olvidé de las tetas. Cambié de canal, busqué en todos los noticieros y canales de noticias, pero todos repetían la misma escueta información acerca de «la extraña desaparición de la hija del doctor Soria». Sentí pena por Tuya. No porque estuviera muerta. Ésa es la ley de la vida, unos nacen, otros mueren. Nadie sabe cuándo te va a tocar el turno, pero que te toca, te toca. Sentí pena por la forma en que se referían a ella. Alicia seguía siendo «la hija del doctor Soria». Claro, Alicia sólo podía ser Tuya en la clandestinidad. A mí, sí me asistía el derecho. Me saqué de encima el mote «la

hija de Blanca» cuando pasé a ser «la mujer de Ernesto». Y me encanta que me llamen así, siento que me da mi lugar en el mundo. Mi territorio. Además es bueno que los demás sepan que una no está sola, que hay un hombre que te banca, que si se te pincha la goma del auto alguien te la va a cambiar. La sociedad es muy machista, hay que aceptarlo. Por eso mi mamá se hacía llamar «la viuda de Lamas». Aunque mi papá estuviera vivo, en alguna parte.

Tenía que avisarle a Ernesto que el tema de la desaparición de Tuya había tomado estado público. Pero no me pareció adecuado decírselo por teléfono. En este país es demasiado fácil escuchar las conversaciones ajenas. Yo misma me enteré de la trágica cita de Ernesto con Tuya levantando un tubo. Ni qué hablar de teléfonos ligados, escuchas, rastreos de llamadas. Yo por teléfono sólo hablo pavadas. Y con el tema de Tuya había que ser muy cuidadoso. Además, no me costaba nada ir hasta la oficina de Ernesto y decírselo en persona.

Cuando llegué a la oficina la recepcionista estaba ocupada recibiendo una correspondencia, así que fui al ascensor sin anunciarme. Bajé en el piso de Ernesto. Obviamente su secretaria no estaba, así que fui directo a su oficina y me metí. Ernesto no estaba solo, había una mujer en su escritorio, frente a él. «Perdón, no quise interrumpir.» La mujer se dio vuelta. Era Charo. Lloraba. Ernesto nos presentó. La morocha se levantó, se secó las lágrimas y me dio la mano. Odié sus tetas una vez más. En persona eran mucho más impactantes que por televisión. Una remera blanca, los pezones marcados. «Lamento mucho lo de su tía», dije. «Esperemos que no tengamos que lamentar nada», me dijo ella. Una ordinaria. Al fin y al cabo, yo no hacía otra cosa que ser solidaria con el dolor de su familia. Hay gente que es así.

Ernesto la acompañó hasta el ascensor. Yo me quedé esperando.

15.

- Pará de llorar que no te entiendo nada.
—Está todo mal, ¿entendés?
—¿Peor?
—...
—Contame, dale.
—Mi viejo...
—¡Le dijiste!
—¡No!
—Bueno, loca, no me grites que yo no te hice nada.
—...
—Bueno dale...
—...
—Dale, no llores.
—...
—Cortala un poquito así me contás.
—¡Mi viejo anda con una mina!
—¡No te puedo creer!
—Sí.
—Con esa cara de santo.
—¡Es un hijo de puta!
—¿Vos estás segura?
—Sí, leí las cartas de la mina.
—¿Dónde las encontraste?
—En el garaje, en el escondite de mi vieja.
—Entonces tu vieja sabe.
—Y se hace la reboluda. Mi vieja es la peor.
—¡Qué quilombo!
—Me da asco.
—Y vos que te preocupabas por contarle a tu viejo lo tuyo.
—Soy una pelotuda.
—Ahora andá y tirásela de una.
—¿Para qué?
—Para que te ayude por lo menos con la guita.
—¡Por mí que se meta la guita en el orto!
—...
—...
—Y qué, ¿en tu casa todo vida normal?

—Sí, son dos caretas. Duermen juntos y todo.

—Che, ¿y cogen?

—¡Yo que sé!

—No, porque hay que tener estómago para curtir con un tipo que sabés que curte con otra...

—...

—Disculpame, yo sé que es tu viejo, pero bueno, ¿es así o no?

—A mí de mi vieja no me extraña nada. Pero mi viejo... yo nunca pensé.

—Son todos iguales, te dicen a vos lo que tenés que hacer y después ellos hacen la que más les conviene.

—Yo también voy a hacer la que más me conviene.

—Sí, mandate con lo tuyo y no te des más máquina.

—...

—¿Juntaste la guita?

—Todavía no sé qué voy a hacer.

—Mirá que yo te presto eso que te dije.

—Todavía no sé qué voy a hacer.

—Pero se te viene la fecha encima.

—Sí, ya sé.

16.

Ernesto acompañó a Charo hacia la salida. Mientras esperaban el ascensor se percató de que nadie estuviera mirando y la besó. Fue una estupidez, si Inés lo hubiera visto se habría complicado todo. Pero la besó. Charo se deshizo de él. Se enojó. No era el momento. Estaba alterada. Todo había salido mal. Apretó varias veces el botón del ascensor. Se abrieron las puertas. Subió. Se quedó mirando a Ernesto mientras las puertas se cerraban. No dijo nada, sólo lo miraba.

Ernesto volvió a la oficina. Le irritaba saber que lo esperaba Inés, pero no había alternativa. Tenía que tenerla de su lado. El día de la muerte de Alicia, junto al lago, le había parecido verla subirse a su auto y huir. Pensó que era un delirio propio de la situación límite que estaba viviendo. Pero cuando al día siguiente vio cómo actuaba, se dio cuenta de que no había visto visiones. Inés había estado ahí, lo había visto todo. Era demasiado obvia.

Y Ernesto necesitaba asegurarse de que ella, bajo ninguna circunstancia, hablaría. Por eso tenía que hacerla sentir parte de lo que estaba pasando, una parte fundamental. Con sólo eso Inés funcionaría, y bien. Ernesto lo sabía. Dejarla al margen era peligroso. Como el engranaje de una maquinaria que suelto no sirve para nada. Peor aún, hasta podría hacer saltar otras piezas que estaban funcionando adecuadamente.

Ernesto no se equivocaba. En cuanto entró en la oficina y se sentó, confirmó que su mujer estaba al tanto de lo que estaba pasando. Sin otro preámbulo, Inés le recitó cuál sería la coartada. Lo había preparado. Habían visto juntos una película, *Psicosis*, la daban la noche de la muerte de Alicia en el canal veintitrés, a las diez de la noche. Después de hacer el amor intensamente, habían apagado la luz, y se habían dormido. Sin fisuras, los dos la misma historia. Lo de hacer el amor intensamente no era estrictamente necesario, pero era la parte que más le gustaba a Inés, y Ernesto no se atrevió a objetarlo.

La oía hablar y pensaba en Charo. La deseaba. A Charo. Quería estar con ella. No podía creer lo que había cambiado su vida de un día para otro. La semana anterior planeaba viajar a Brasil. Con Charo. Ella se lo había pedido. Él habló a la agencia y sacó los pasajes. Y ése fue el comienzo del fin, los pasajes. Ernesto pidió a la agencia que se los enviaran a él personalmente. Pero se los mandaron a Alicia. Su secretaria. La que se ocupaba de todos los trámites con la agencia cada vez que viajaba. Menos esta vez. Porque esta vez viajaba con Charo, y Alicia no tenía que enterarse. Alicia vio los pasajes y se ilusionó, creyó que «A. Soria» era ella, Alicia, y no Amparo, su sobrina. Charo. O Tuya, como firmaba en sus cartas. Tuya, de Ernesto. Lo que había sido Alicia durante los últimos siete años. Hasta que apareció su sobrina. Alicia misma los presentó un día en su departamento, y desde entonces estaban juntos.

Alicia nunca se dio cuenta de nada. Sintió a Ernesto más alejado, pero pensó que no era nada importante. Hasta que aparecieron los pasajes. Hubo que decírselo. Lo hizo Charo. Alicia le dio una cachetada y la echó de su departamento.

Inés seguía hablando y Ernesto no la escuchaba. Quería que se fuera. Ella preguntó por Charo, a qué se dedicaba. ¿Qué le importaba?, se preguntó él. Le dijo la verdad, que era fotógrafa, y que trabajaba para una revista. Pensó en Charo. Se imaginaba yendo a buscarla. A algún boliche. Charo siempre estaba en algún boliche sacando fotos. Recorría lugares nocturnos buscando gente conocida a quien fotografiar. La imaginaba en una barra. El bretel de la remera caído, se veía la tira del corpiño. Blanco. No, negro mejor. Tomaba algo. Ya casi la tocaba; pero Inés se paró para irse. Ernesto la acompañó hasta el ascensor pero no esperó a que subiera. Entró en su oficina y llamó a Charo. No contestaba. Volvió a llamar. El teléfono estaba apagado. Salió a buscarla. Recorrió algunos lugares, y la encontró en un boliche nuevo, debajo de los arcos del tren. Cuando ella lo vio se molestó. Ernesto sabía que corría ese riesgo. Charo no quería que los vieran en público, era peligroso. A él no le importaba. La quería tocar. Ernesto le mantuvo la mirada. Ella hablaba con un tipo, en la barra. Ernesto empezó a caminar hacia ella. Charo se despidió del tipo de la barra, tomó su cámara y le hizo un gesto a Ernesto para que la siguiera. Se abrió paso entre la gente. Había mucho ruido. Y humo. Ernesto pensó que la había perdido. La vio saliendo por una puerta lateral. Hizo lo mismo. Se encontró con un depósito, donde guardaban bebidas y algunas provisiones. No la veía. Caminó unos pasos. Charo lo sorprendió saliendo de detrás de una heladera, y plantándose delante de él. «¿Vos sos idiota?», le dijo. Y ahí mismo Ernesto la empujó contra la pared besándola y tocándola, desenfrenado. No le daban las manos. Charo se quejaba. Le decía que estaba loco. Ernesto no podía parar. Charo se quejaba pero él seguía. Hasta que no se quejó más.

Ernesto llegó a su casa a las dos de la mañana. Inés le había dejado la comida sobre la mesa. La comida, un candelabro y una nota: «Despertame cuando llegues». Había dibujado un corazón. Ernesto sintió que su mujer quería hacer el amor y se espantó. No quería tener sexo con ella. No después de haber estado con Charo.

Ernesto sabía lo que seguía de memoria. Eran demasiados años de estar juntos. «Erni, ¿dormís?» «No.» «¿Querés venir?» «Bueno.» Ernesto se subiría sobre ella, empezaría, terminaría, y se dormiría. Y mientras él trabajaba, Inés y sus suspiros. Un suspiro igual, parejo, falso.

Ernesto apagó la luz de la cocina y subió. Dio una pasada por el cuarto de Lali. Entró y se quedó un rato mirándola. Le dolía saber que en pocos días se iría de viaje de egresadas. Sabía que no lo podía evitar, pero le dolía. Le dolía todo lo que había pasado y ella no sabía. Ernesto hubiera querido que fuera nena otra vez, que le pidiera upa, que se durmiera mientras él le cantaba una canción. Pero su hija ya tenía

diecisiete años. Y habían pasado demasiadas cosas como para hacerse la ilusión de que todo podía volver a empezar.

Entró en su habitación tratando de no hacer ruido. Sobre su almohada había otra nota, otro «despertame», un bombón de chocolate y un video. *Psicosis*. Ernesto se metió en la cama con una suavidad exagerada. Eligió cada lugar donde apoyarse hasta conseguir la posición que buscaba sin hundir demasiado el colchón. Se dio vuelta hacia la pared. Esperó. Luego se tapó y cerró los ojos. Creía que lo había logrado. Pero se equivocaba.

«Erni, ¿dormís?», le dijo ella.

17.

Síntesis elaborada sobre la base de frases y párrafos resaltados con color verde flúo, sobre un trabajo fotocopiado de una revista mexicana de medicina legal. El trabajo mencionado se titula: «El problema de la rigidez cadavérica en la elaboración de necrorreseñas, y otros informes». En este caso no hubo acotaciones que pudieran ser transcriptas, sino párrafos resaltados que se indican entre paréntesis.

La temperatura corporal desciende durante las doce horas posteriores a la muerte a razón de un grado por hora.

En las doce horas siguientes el descenso es menor, casi la mitad. Claro que si el cuerpo ha estado sumergido en agua, el enfriamiento del cadáver es mucho más veloz. (Párrafo resaltado.)

Los datos relacionados con el enfriamiento del cuerpo, así como el rigor mortis o el livor mortis, son indicadores de la fecha y hora en que se produjo el deceso.

El rigor mortis, o sea, la rigidez típica de quien está muerto, se produce por un proceso químico. La química interna del cuerpo cambia de un estado ácido a alcalino, y los músculos se tensan. El proceso de tensión se inicia en los párpados, baja por la cara, un poco después el tronco, y finalmente las piernas.

Una vez que se completa el ciclo de rigor mortis, el cuerpo sin vida presenta la rigidez de un tronco. (Resaltada la palabra «Tronco».) Pero el cadáver no se queda así eternamente. Doce horas después de completado el proceso que lleva al rigor mortis, se produce otro proceso ácido y el cadáver empieza a relajarse. Y lo hace en el mismo sentido que el anterior. Primero se relajan los párpados, después la cara, el tronco, y por último las piernas.

El livor mortis es un proceso anterior, muy útil para determinar la hora de la muerte. En el momento en que se detiene el corazón, y por lo tanto la circulación sanguínea, la fuerza de la gravedad hace que los glóbulos rojos descendan hasta las partes del cuerpo que están apoyadas en el suelo. Es por esto que cerca de las dos horas después de producida la muerte el color se fija en esas zonas por rompimiento de los glóbulos rojos que invaden los tejidos cercanos. Cuando la muerte fue por envenenamiento, el color es muy intenso. Cuando se usa cianuro, el color, en cambio, suele ser rosado. Y en las muertes con monóxido de carbono, las partes inferiores del cuerpo presentan un color rojo brillante.

Claro que todo cambia si el cadáver tarda en aparecer, y entonces su estado dependerá del lugar donde estuvo todo ese tiempo. (Párrafo resaltado.)

Si se encontraba en un lugar cálido y seco, los tejidos no se descomponen sino

que se secan. Es el caso de cuerpos colocados debajo del parquet o dentro de roperos. Si en estos lugares el aire corre adecuadamente, se completa el proceso de secado con mucha rapidez. Es como si el cuerpo se achicharrara, el denominado efecto «pasa de uva», pero los rasgos de la persona se pueden ver con bastante nitidez a pesar de que hayan pasado años.

Si el cuerpo queda al aire libre o, aunque enterrado, está ubicado a poca profundidad, el proceso de descomposición se favorece. Las bacterias pululan en esos ambientes cálidos y húmedos. En cambio en tumbas profundas, la falta de circulación de aire hace que las bacterias no se desarrollen y el proceso de descomposición sea mucho más lento.

Las personas jóvenes o con exceso de peso se descomponen con mayor rapidez, por la presencia de grasa en su cuerpo.

Pero qué pasa cuando un cadáver se encuentra sumergido en el agua. (Párrafo resaltado.)

Al encontrar un cuerpo en el agua, no importa en qué circunstancias, lo primero que determinan los forenses es si la víctima murió ahogada, si murió por hipotermia al haber permanecido en el agua fría, o si ya estaba muerta antes de caer o al ser arrojada al agua. En el caso de que haya muerto ahogada, los pulmones estarán llenos de agua; en los otros casos, no.

Pero el proceso de descomposición, en todos los casos mencionados en el párrafo anterior, es similar y muy distinto del de los cadáveres que quedan al aire libre o enterrados. Hay varios detalles por considerar. Por empezar, el enfriamiento es mucho más violento y el cadáver se enfría en pocas horas. La lividez post mortem no presenta sus características habituales: la piel del cadáver es de un blanco anormal, y presenta la llamada «piel de gallina», ya que los folículos de los pelos se erizan. A su vez, el rigor mortis tarda más en aparecer, así como en desaparecer. Un cuerpo muerto puede estar hasta noventa y seis horas sumergido sin que desaparezcan todos los indicios del rigor mortis.

Después de seis o siete días de muerte bajo al agua, se produce otro proceso químico que origina que el abdomen del cadáver se llene de gases. Y un abdomen lleno de gases hace que el cuerpo tienda a flotar y, por lo tanto, ascienda a la superficie. (Párrafo resaltado.)

Excepto que algas o algún otro elemento extraño lo atasquen para siempre en la profundidad de las aguas donde yace. (Párrafo resaltado.)

18.

—Te voy a extrañar, hijita.

—Está bien, papá. Dejame subir que se va el micro.

—Cuidate, Lali. Abrígate y comé bien.

—...

—Mamá va a rezar por vos para que salga todo bien.

—¿Y vos desde cuándo rezás?

—...

—Cualquier problema, nos llamás enseguida. A casa o a mi oficina, donde vos quieras.

—Okey, chau.

—Esperá, ¿no me das un beso, hija?

—...

—Chau, mamá te quiere, ¿sí?

—Cuidate, por favor, hijita. Y mucho juicio.

—¿Qué querés decir con «mucho juicio», papá?

—Que te portes bien...

—A vos no te pregunté.

—Nada, hija, que no hagas locuras, que no corras riesgos, no sé, no sé qué quise decir.

—Entonces la próxima vez no digas nada.

—...

—...

—Otro besito a papá, ¿sí?

—...

—Chau, Lali.

—Chau, mi amor.

—...

—...

—...

—¡Qué amarga es, por Dios!

—Está nerviosa, Inés, es eso.

—Es una amarga. No sé cómo me puede haber salido así.

—Saludá, haceme el favor, y cambiá esa cara que está mirando por la ventanilla.

—Chau, querida, que lo pases lindo.

—Chau, hijita, cuidate.

Cinco meses después

19.

Todo estaba bastante bien. El cuerpo de Tuya todavía no aparecía, y eso cambiaba todo. Sin cadáver, no había muerto. Ni asesinato, ni asesino. Ni siquiera accidente. Sólo dudas y absurdas conjeturas alrededor de la desaparición de Alicia, que Ernesto y yo repetíamos delante de terceros como si fuéramos vírgenes en todo este asunto. Actuábamos casi las veinticuatro horas del día. No nos podíamos permitir una equivocación frente a otros. Yo me había metido tanto en mi papel, que hasta en soledad pasaba letra. Un día, mientras me duchaba, me encontré pensando preocupada: «Vaya a saber qué le habrá pasado a la pobre Alicia». Y ahí me di cuenta de que estaba haciendo las cosas bien. Porque si había alguien que sabía lo que le había pasado a Tuya, ésa era yo. Es que fueron muchos meses fingiendo, actuando ante los demás, contestando preguntas. La cabeza se te parte. Te metés en la piel del personaje y te lo creés. Como cuando aprendía inglés y Mrs. Curtis me decía «*think in English*», o sea, «no piense en castellano y traduzca, piense en inglés». Cuando alguien me preguntaba sobre la desaparición de Alicia, no pensaba qué tenía que responder. Yo simplemente era la mujer de Ernesto, cuya secretaria había desaparecido y de la que no teníamos noticias.

La policía no tenía nada concreto. A casi medio año del accidente, y ellos sin sospechosos, sin una pista, sin un indicio. Nada. A Ernesto hacía tiempo que habían dejado de hacerle preguntas. Los únicos que parecían no olvidarse del asunto eran los padres de Alicia, que cada tanto aparecían en algún programa de televisión, con el evidente objetivo de que su hija no cayera en el olvido.

La cosa podría haber seguido así eternamente, pero un día vino Ernesto y me dijo: «Inés, me parece que tenemos que volver a vivir como si el accidente nunca hubiera existido». Yo no sabía a qué se refería, pero estuve de acuerdo. Sentí que me planteaba un volver a empezar. Otra vez una familia normal, con sus problemas, como todas, pero normal. La idea me encantó. Hasta se me llenaron los ojos de lágrimas. Con el tiempo entendí cómo esa frase marcó un giro de ciento ochenta grados en nuestra historia. Si se lo hubiera contado a mamá, seguro que ella se habría dado cuenta. Lo habría agarrado al vuelo. Mamá siempre fue una intuitiva para estas cosas. Un poco pesimista para mi gusto, pero intuitiva. Yo era muy tierna, siempre bien pensada, siempre confiando en el otro. A mí no me habían pasado las desgracias que le pasaron a mi mamá. El dolor te va curtiendo, te va dando calle, te enseña. Ahora es otra cosa. Pero en aquel entonces, cuando vino Ernesto y me dijo que quería que todo volviera a ser como antes, yo me puse muy contenta. Siempre fui de tirar para adelante. Una no se puede pasar toda la vida golpeándose el pecho y recitando «por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa». Está bien, nos había pasado algo muy fuerte, algo que no le deseo a nadie. Pero qué más podíamos hacer. En

todas las religiones existe el perdón para el que se arrepiente de sus pecados. Nosotros estábamos arrepentidos. De verdad. Y si Dios perdona, qué otra cosa puede hacer el hombre.

Una semana después Ernesto tuvo que viajar por trabajo a Brasil. «¿Cuántos días vas a estar afuera, Erni?» «El congreso es jueves y viernes, pero el lunes me armaron dos reuniones, así que me clavo ahí el fin de semana.» «¡Justo en Brasil, a vos que no te gusta el calor!» «Así es el trabajo, Inés.»

El día anterior al viaje, le preparé la valija. Una valija chica y un bolso de mano. Siempre que viajaba el equipaje se lo preparaba yo. Dos trajes, cinco mudas, dos pantalones sport, dos trajes de baño por si tenía tiempo libre, tres remeras, tres camisas, dos corbatas, tres mejor porque después empieza con que no le combinan, dos pares de zapatos, uno para el traje y otro sport, un par de zapatillas, dos cinturones, cuatro pares de medias. En el bolso metí esas cosas que Ernesto necesita siempre a mano: las vitaminas energizantes, la afeitadora, la crema de afeitar, el cepillo de dientes, el dentífrico, el hilo dental, Ernesto no puede vivir sin su hilo dental, el desodorante, una foto de los tres. La foto fue un agregado de mi cosecha. No me quería olvidar de nada porque después había que aguantarlo a Ernesto.

Esa noche lo esperé con una cena especial. Lomo a la pimienta, con papas a la crema. Es el plato preferido de Ernesto. Puse candelabros, vino del bueno, encendí una esencia floral que según me dijeron despierta los bajos instintos. Yo quería una buena despedida, con todos los chiches. Estrené lencería y hasta me había comprado un baby doll. ¡Los años que hacía que no me ponía un baby doll! Quería que Lali se fuera a dormir temprano. Si no Ernesto le presta más atención a ella que a nada ni nadie. No fue fácil. Yo creo que se quedaba solamente porque se había dado cuenta de que yo quería que se fuera. Si ni siquiera hablaba. Me miraba como si le hubiese hecho algo. Las adolescentes sienten placer torturando a los padres. Parece que se estuvieran cobrando de algo que les hicimos. ¿Qué les hicimos nosotros? Son todas iguales, injustas, resentidas y tercas. Basta que uno les diga que hagan algo, para que ellas hagan todo lo contrario. Y no era la noche más oportuna para tenerle la vela a una adolescente conflictuada. Entonces armé una discusión, saqué uno de esos temas que nunca fallan. Hay varios. Podría haberle hablado del desorden de su cuarto, o criticarle a alguna amiga liviana de cascos. Pero fui a lo seguro, y toqué un tema que a Lali la altera, la comida. Le dije que estaba muy redonda, que últimamente la veía comiendo mucho, que ella no era como yo que como cualquier cosa y no engordo, que si seguía así iba a terminar hecha una bola, que hoy por hoy los chicos sienten rechazo por las gorditas. Le mostré un régimen que había marcado para ella en una revista. Funcionó. Me tiró la revista por la cabeza, me gritó «qué forra sos», y se encerró llorando en su cuarto.

Ernesto llegó a las once menos cuarto de la noche. Para ese entonces, la esencia

floral olía a azúcar quemada. Apenas probó unas papitas. «Me quedé trabajando hasta tarde y piqué algo en la oficina.» Me quejé de que no me hubiera avisado. «Sí, no te avisé», me dijo.

Subimos al cuarto. Cuando salí del baño, con el baby doll puesto, Ernesto ya estaba con la luz apagada. La prendí, pero no abrió los ojos. Apagué la luz. Le froté la pantorrilla con mi pie. La corrió inmediatamente. «Debo tener el pie frío», pensé. Quise ser más directa. «Erni, ¿venís?» Ernesto prendió la luz y agarró una carpeta celeste que estaba sobre su mesa de luz, la abrió y se puso a leer. «Inés, estoy muy nervioso con este viaje. Tengo que hacer una presentación en el congreso y no me la puedo sacar de la cabeza. Prefiero quedarme leyendo el trabajo así me duermo más relajado.» Cada uno se relaja como puede. «Todo bien Ernesto, que descanses», le dije y me acomodé las sábanas.

A la mañana siguiente le ofrecí llevarlo al aeropuerto. «La empresa me manda un remis», me dijo. Subió a despedirse de Lali. Estuvieron un rato largo encerrados en ese cuarto. Seguro que Lali le lloró la carta por la discusión de la noche anterior. Ya era un clásico que Lali le llenara la cabeza en mi contra. Lo hacía desde chiquita. Además, a los dos siempre les costaron las despedidas; las de ellos dos, porque si yo me tuviera que ir a alguna parte no se harían tanto drama. Sobre todo Lali. Me los podía imaginar, hablando, mirándose a los ojos, ella llorando lágrimas de cocodrilo, él consolándola. ¡Cómo si Ernesto no fuera a volver más!

Lali y Ernesto son así, exagerados, sensibleros, dramáticos.

20.

—¿Dormís?

—...

—Lali...

—¿Querés papá?

—Despedirme. Me estoy yendo hasta el lunes.

—Chau.

—¿No me das un beso?

—Dejame papá, me siento mal.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Y qué tenés?

—Náuseas y vómitos.

—¿Qué comiste anoche?

—Nada, papá, no comí nada.

—Pero Lali, no te hace bien. Debe ser por eso que te sentís mal.

—...

—¿Querés que le diga a mamá que te traiga el desayuno?

—¡No!

—Lali, vos no estarás con el rollo de la gordura y las dietas, ¿no?

—Hoy estás relucido, te das cuenta de todo de una.

—Soy tu papá, Lali.

—...

—¿No sabés que podés terminar anoréxica?

—Papá, dejá de hablar boludeces.

—No, Lali, no son boludeces. Ahora le digo a tu mamá que te suba el desayuno.

—¡No! ¡Quiero seguir durmiendo, ¿no entendés?!

—...

—...

—Está bien.

—...

—...

—...

—Me tengo que ir, me viene a buscar un remis.

—Chau.

—Voy a Brasil, ¿sabés?

—...

—A Río voy.

—...

—Por trabajo.

—Mirá qué bien.

—¿Querés que te traiga algo del free shop?

—...

—¿Un perfume?

—Traeme lo que quieras.

—No sé, decime vos, que soy medio desastre para esas cosas.

—Bueno, traeme un perfume.

—¿Alguno en especial?

—No, papá, cualquiera.

—Comé, ¿sí?

—...

—Nos vemos.

—Chau.

21.

Sonó una bocina en la puerta de casa. Era el remís para Ernesto. Nos dimos un beso de despedida. No fue un beso ¡guaaaau!, pero fue un beso. Lo cual, para un matrimonio con los años que llevaba el nuestro, era más que bueno. Los matrimonios con el tiempo van dejando de besarse. Eso lo sabe cualquiera, aunque nadie lo diga. Y no significa nada. Es así. A veces se besan en público, para que los demás vean que se besan. Como diciendo «¿ven que a veces nos besamos?». Pero en la intimidad es otra cosa, no hace falta. Y si hace falta es por temor a que esté mal no besarse, como no lo hablan con nadie, no saben que a todos les pasa lo mismo. A todos. Incluso a los que tienen una vida sexual más o menos activa. Capaz que hacen el amor una vez por semana rigurosamente. Dos veces en el mejor de los casos. Pero besarse es otra cosa. El beso pierde el encanto demasiado pronto.

Lo acompañé a la puerta y esperé hasta que el auto arrancara. Lo saludé con la mano. Él hizo un gesto con la cabeza y levantó la mano, sin agitarla. Fui a la cocina y me tomé un cafecito. Leí el diario sin apuro. No me molestaba la idea de pasarme el fin de semana sola. Lali se iba a ir a la quinta de una amiga. Era una suerte para las dos. Después de la discusión de la noche anterior, la relación estaría un poco tensa. Yo me iba a dedicar a pensar en mí, a hacer todas esas cosas para las que una nunca tiene suficiente tiempo. Baño de crema, limpieza de cutis, baño de inmersión, ir a un shopping, alquilar una película bien romántica de esas que Ernesto detesta, comer lo que haya, no tener que cocinar para nadie. Lo iba pensando y cada vez me entusiasmaba más la idea. Iba a ser como internarme en un spa, pero en mi propia casa.

Subí a cambiarme. Cuando entré en el cuarto no me di cuenta, estaba ahí pero no la vi. Me cambié, me cepillé el pelo, me maquillé un poco, y recién cuando estaba por salir la miré. Cómo si me hubiera estado llamando: la carpeta celeste. Estaba sobre la mesa de luz de Ernesto, tal como la había dejado la noche anterior después de repasar su presentación en el congreso. «Qué cabeza, Ernesto, te olvidaste la carpeta», me dije. Y sin dudarlo me subí al auto y salí para Ezeiza. Qué mujer no hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

Manejé más rápido de lo que acostumbraba. Tenía que llegar antes de que Ernesto embarcara para poder darle la carpeta celeste. En mi cabeza, iba siguiendo sus pasos para calcular si llegaría a tiempo. Hacía rato que tenía que haber llegado al aeropuerto de Ezeiza. Había salido con bastante margen; con tanta anticipación no debía haber encontrado mucha gente en la cola de embarque. Nadie cumple con las dos horas anteriores a la hora de salida que piden las aerolíneas. Ernesto sí, es muy puntilloso en esas cosas. Y muy metódico, así que lo lógico era que no bien se chequeara, subiera. ¿Qué se iba a quedar haciendo ahí abajo? Yo, por mi parte, estaba bastante

jugada con el horario. En el peaje de la autopista, para variar, funcionaban la mitad de las barreras y me demoré más de lo conveniente. Y dentro del aeropuerto me costó encontrar dónde estacionar. Bajé del auto corriendo, con la carpeta en la mano. Casi no les di tiempo a las puertas automáticas a que se abrieran y ya estaba en el hall buscando a Ernesto. Fui mostrador por mostrador recorriendo las colas de embarque. No estaba. Fui a informaciones. A esa hora sólo salía un vuelo para Río. Un vuelo de Varig. Volví a ese mostrador. Pedí que me informaran si Ernesto había viajado. Me dijeron que no daban ese tipo de información y supe, por el tono monocorde de la empleada, que era en vano insistir. Miré en los barcitos al paso. Ernesto toma mucho café, le hace mal, pero le encanta; tal vez se hubiera demorado ahí. Nada. Podía ser que estuviera en el baño o comprando algo. Lo busqué en los negocios de souvenirs, en los quioscos, y lo esperé un tiempo prudencial en la puerta del baño de hombres. No apareció. Quería dejar el recurso de inventar una excusa y hacerlo llamar por los parlantes, como última alternativa. A Ernesto no le gusta andar haciendo papelones y, para él, eso habría sido un auténtico papelón, por más que en esa carpeta celeste se le fuera la vida. Lo mejor era pararme junto a la escalera de embarque. Si todavía no había subido, tenía que pasar por ahí.

Iba caminando hacia la escalera cuando vi la campera de Ernesto. Una campera igual a la de Ernesto. Pero no era Ernesto, era otro hombre, alguien que subía esa escalera abrazado a una mujer. Morocha, alta. Un hombre que le decía cosas al oído. Con la campera de Ernesto. Y un pantalón como el que llevaba esa mañana Ernesto. Con la raya bien marcada, como le plancho los pantalones a Ernesto. Y el bolso de Ernesto colgando de su mano. El bolso que yo le había preparado. A Ernesto. Se puso de perfil para besarla. Ernesto la besó. Y ella, Charo, se dejó besar.

Mientras la escalera los subía, quise gritar. Debo haber sufrido algo así como una parálisis momentánea, porque no me salía la voz, abría la boca pero el sonido no aparecía. Es más, el resto de los sonidos, también habían desaparecido. Como si alguien le hubiera bajado el volumen al sonido ambiente. No podía hablar, no podía moverme, no escuchaba. Sólo veía.

Hasta que quedaron en cuadro sólo sus zapatos, los de Ernesto, y las sandalias de ella.

Y ya no vi más.

22.

Inés entró en su casa, cerró la puerta y dio dos vueltas de llave. Eran las diez y media de la mañana. Tiró su cartera en alguna parte. Lali ya se había ido. Se acercó a cada ventana y bajó cada persiana hasta que la luz apenas pudo adivinarse entre las hendijas. Desenchufó el teléfono. Subió al primer piso y repitió los mismos pasos. Se miró en el espejo de su cuarto. Fue al baño y buscó en el botiquín las pastillas tranquilizantes. Las sopesó. Sonaron en el aire, había unas cuantas, por lo menos medio frasco. Desenroscó la tapa, volcó algunas pastillas sobre la palma de su mano. Se quedó con dos y devolvió el resto al frasco. Se las puso en la boca. Se sirvió agua. Antes de tomarla sacó una de las pastillas de su boca y la tiró por el inodoro. Tragó la otra. Bajó. Entró en la cocina. Las cosas del desayuno seguían allí. Como si nada hubiera pasado. Intentó lavar una taza. Pero la terminó estrellando contra la piletta. El asa saltó y rebotó tres veces sobre el mosaico de la cocina. Se lavó la cara. Se quedó un rato así, con la cara mojada. Se secó con un repasador húmedo. Sintió asco. Lloró. Puso el resto de las cosas del desayuno dentro de la piletta, incluida la mantequera, con la manteca a medio derretir. Fue al living. Quería ir al garaje pero fue al living. Dio algunas vueltas alrededor de la mesa ratona. Se sirvió un whisky. Sin devolver la botella al bar, lo tomó. Dejó el vaso. La botella no. Salió. Fue al garaje. Entró y cerró el portón tras de sí. Caminó directo hacia la pared del fondo. Sacó el ladrillo. Iba a sacar las cosas que escondía detrás de ese ladrillo, pero no lo hizo. Dejó todo como estaba. Fue a la cocina. Buscó los guantes de goma. No los encontraba. Corrió las tazas de la piletta sin cuidado. Estaban ahí, debajo de los restos del desayuno. Mojados y sucios. Los lavó y los secó. Volvió al garaje. Con los guantes puestos. Fue otra vez hacia la pared del fondo. Sacó las cosas que escondía detrás del ladrillo. Buscó dónde meterlas. Encontró la caja de herramientas. Tiró al piso lo que estaba dentro. Guardó las cartas de Tuya, los pasajes a Río, las fotos de Ernesto desnudo, la caja de preservativos dedicada, y la cerró. Devolvió el resto al hueco y colocó otra vez el ladrillo en su lugar. Faltaba el revólver. Fue a su auto y abrió el baúl. Sacó la rueda y allí estaba, donde lo había puesto el día en que lo había traído de la casa de Alicia. Lo sacó suavemente, casi con respeto. Lo metió en la caja de herramientas. Salió del garaje con la caja en una mano y la botella de whisky en la otra. Devolvió el whisky al bar, y dejó sobre él la caja de herramientas. Fue a la cocina. Dejó otra vez los guantes en la piletta. Abrió la canilla y se lavó la cara, con mucha agua, fría.

Entonces sí, barajó y dio de nuevo.

23.

Ernesto y Charo subieron la escalera de embarque besándose.

No había vuelta que darle, lo había visto con mis propios ojos. Y los ojos de una no mienten. A lo sumo una puede cerrarlos, pero para eso era demasiado tarde. Se me habían caído todas las tostadas del lado de la manteca, y tenía que aceptarlo. Pero aunque Ernesto y Charo se hubieran besado, como lo hicieron, en la escalera de embarque, yo no terminaba de armar el resto de la historia. Porque alternativas había muchas y muy distintas. Me pasé todo ese día evaluándolas, buscando datos que las confirmaran o errores que las descalificaran. Para mitad de la tarde el embrollo que tenía en mi cabeza era tal, que las distintas alternativas se me mezclaban y ya no sabía cuáles había descartado y cuáles seguían en carrera. Entonces se me ocurrió hacer un cuadro sinóptico. En la escuela, cuando había que estudiar algo muy complicado, yo me armaba un cuadrito sinóptico, con muchas flechas, muchas llaves, todo bien chiquitito, bien ordenado, cosa que si no me ayudaba para clarificarme el pensamiento, por lo menos me servía de machete. Yo nunca fui muy buena en el colegio. No me interesaba, me la pasaba pensando en otras cosas. Al principio me hacía problema. Tenía miedo de que me dijeran burra. Hasta que una tarde, yo estaría en quinto grado, me la pasé tratando de acordarme los nombres de los distintos tipos de triángulos: equilátero, isósceles y escaleno. El isósceles no me salía nunca. Yo me sentía una tarada, lo repetía y lo repetía y cuando cerraba el cuaderno se me borraba. Como si tuviera una tara. Mamá me vio mal y me dijo: «Nena, no te preocupes, que en la vida si hay algo que no te va a servir absolutamente para nada, es saber lo que es un triángulo isósceles». Y tenía razón, a uno le enseñan tanta estupidez. A ver si el isósceles me iba a arreglar el problema con Tuya a mí. De esos triángulos nadie te enseña, tenés que aprender solita. Y cómo cuesta. Casi siempre te bochan. Aunque una piense que salió victoriosa. Porque el día menos pensado, en vez de eliminar un lado del triángulo, te das cuenta de que se agregó otro. Y el triángulo se trasformó en cuadrado. Como me pasó a mí. Como le pasó a Alicia.

Y de esa geometría, nadie sabe un cuerno.

El cuadro sinóptico decía más o menos lo siguiente:

Título: *Probables situaciones entre Ernesto y Charo*

En un principio había escrito «probables relaciones entre Ernesto y Charo», pero la palabra «relaciones» me irritaba. Descarté también vinculaciones, vínculos, conexiones, lazos, ligamen, por diversos motivos varios.

Alternativa 1:

Todo lo que me dijo Ernesto hasta ahora es cierto, pero:

- casualmente se encontró con Charo en el aeropuerto
- casualmente ella también viajaba a alguna parte (no a Río)
- casualmente subieron juntos la escalera
- casualmente Ernesto o ella o ambos sintieron deseos de besarse, y lo hicieron.

Descarté esta alternativa por un motivo muy simple: yo no creo en las casualidades. Y uno tiene que ser fiel a uno mismo. «Casualmente» podés ir por la calle y que de un balcón se caiga una maceta y te parta la cabeza. Pero pensar que dos personas pueden besarse «casualmente» mientras se embarcan para un vuelo, es, como mínimo, infantil.

Alternativa 2:

La historia de Tuya es más o menos como la conocía y:

- Ernesto, de tanto ver a Charo por este tema, se terminó interesando en ella
- a Ernesto le salió un viaje a Brasil por trabajo y decidió llevarla
- se trata de un asunto como tantos otros que Ernesto ha tenido en estos años de matrimonio, del que no hay que preocuparse mayormente

«¿Te parece?», me dije a mí misma no bien terminé de escribirlo. Es bueno esto de escribir lo que uno piensa porque cuando después lo lees es como si hablaras con otra persona y podés discutir y criticarte a gusto. Yo le decía mirando el papel a esa otra que era yo, pero que no era yo: «¿A quién se le puede haber ocurrido semejante idiotez?». Si Ernesto y esta mujer, que de una u otra manera estaban relacionados con la desaparición de Tuya, se cagaban en todo y viajaban juntos besándose en público, es porque lo de ellos no era «un asunto como tantos otros».

Antes de armar la «alternativa 3» tuve que hacer un poco de trabajo de campo. Sabía pocas cosas acerca de Charo. Creo que apenas tres: que era la sobrina de Alicia, que tenía un asunto de algún tipo con mi marido y que trabajaba de fotógrafa para una revista de actualidad. Fui al quiosco y le pedí prestado al quiosquero todas las revistas de esa semana, revisé los staff de cada una y compré la que decía «fotógrafa, Charo Soria». Volví a casa. Marqué el teléfono de la editorial. No pasaba nada. Corté y me di cuenta de que el teléfono no tenía tono. Estaba desenchufado. Lo enchufé y llamé. «Ediciones Pampa», me dijeron. «Sí, quería hablar con la señorita Charo Soria,

la fotografía.» «No, ella no está.» «¿Cuándo la encuentro?» El hombre del otro lado se alejó del tubo, pero escuché que gritaba «Che, ¿cuándo vuelve Charo?». Alguien le devolvió el grito, pero no entendí. «No sabemos, señora, está de viaje», dijo el del teléfono. «Ah, está de viaje. Debe ser ese famoso viaje a Río que iba a hacer.» «Sí, ese mismo, el que se le suspendió la otra vez.» «El que se le suspendió la otra vez», pensé pero no pude decirlo porque se me trababa un poco la lengua. Me había bajado la presión y había tomado un poco de whisky. Era el whisky, seguramente. Tragué saliva, moví la lengua a un lado y al otro y, con esfuerzo, seguí: «Y decime, ¿le puedo hacer llegar un sobre ahí?, yo hablo de la inmobiliaria, ella nos dejó un departamento en alquiler y tenemos un interesado, me gustaría que vea la propuesta en cuanto llegue». «Sí, no hay problema.» «Decime, querido, ¿cómo es su nombre completo así lo pongo bien en el sobre?» «Amparo Soria, pero igual ponga Charo porque ella usa su sobrenombre para todo.» «No, para ciertas cosas, el sobrenombre no sirve. Gracias y chau.» «Chau, señora.» Colgué y fui directo a la caja de herramientas a revisar los pasajes que había encontrado en la mesa de luz de Alicia, junto al revólver y las fotos de Ernesto. Esas fotos de Ernesto desnudo. Todo cerraba. Los pasajes a Río decían «A. Soria». «A» que podía ser de Alicia, pero que era de Amparo. Revisé todas las cartas. Ningún nombre. Todas firmadas por Tuya. Que podía haber sido Alicia, una qué sabe. Pero también otra. Porque ahí sólo decía «tuya». Las fotos sí hablaban por sí mismas. Y entonces sí que me sentí una burra. Porque de eso me tendría que haber dado cuenta antes. Más que fotos, contactos. Esas fotos chiquitas que revelan los fotógrafos profesionales para después elegir. Fotógrafos profesionales como Charo.

Recién entonces armé la alternativa 3.

Alternativa 3:

- Alicia no era Tuya.
- tuya es su sobrina Charo (nótese la diferencia en el tiempo verbal del verbo ser: era, para Alicia; es, para Charo).
- Alicia había tenido una relación anterior con Ernesto (pistas utilizadas para esta afirmación: su llamado de la noche del accidente, su actitud en Palermo de la que fui testigo, el revólver sobre las fotos de Ernesto desnudo).
- Alicia fue engañada en su buena fe por su propia sobrina y no pudo soportar la tremenda ofensa que le infligieron la mencionada y su amante (de ambas), o sea, mi marido. El del cuadrado.

Sentí una profunda pena por Alicia. Lo que le hicieron a esa mujer no tiene

nombre. Sobre todo su sobrina. Una está preparada para que un hombre la cague, eso es un clásico. Y si nunca te cagaron vivís toda la vida con la espada de Damocles sobre la cabeza porque sabés que un día, más tarde o más temprano, te van a cagar. Pero la propia sangre es otra cosa. Eso sí que te puede voltear. Creo que si Alicia y yo hubiéramos conversado un poco antes de que pasara lo que pasó, le podría haber enseñado muchas cosas. Me parece que, en el fondo, debe haber sido muy ingenua. Yo ya estoy de vuelta de tantas. Las dos contra Charo hubiera sido una lucha más pareja. Entre las dos no juntamos ese par de tetas, pero seguro que algo se nos iba a ocurrir. Y después veíamos qué hacíamos con Ernesto. Creo que hasta nos habríamos hecho buenas amigas. No digo amigas íntimas, pero sí buenas amigas.

Alicia ya no estaba, pero yo sí, y a pesar de las desigualdades, no me iba a rendir así como así.

De la «alternativa 3» saqué tres flechas que empezaban con un signo de interrogación.

? Ernesto y Charo mantienen a la fecha una relación extramatrimonial más.

Con las siguientes acotaciones al margen inclinadas y con letra más chica para que entraran: *esperar, tranquilizarse, ya pasará*. Aunque en una segunda lectura taché esta opción y puse una marca que al pie de página decía «ver alternativa 2».

? Ernesto y Charo mantienen una relación que va creciendo (Ej.: viaje a Brasil).

Acotaciones al margen: *plan de acción, intervención directa, declaración de guerra (a ella)*.

? Ernesto y Charo no regresan luego de este viaje.

Sin acotaciones al margen.

Salí, busqué un teléfono público que funcionara y marqué el número de la policía. Era sólo esperar que alguien atendiera, decir lo que tenía que decir y después cortar. «Comisaría 31», me dijeron del otro lado.

24.

—Nena, ¿corrés la mochila y me hacés un lugarcito?

—...

—Gracias.

—...

—Atención... *por favor, por el andén 6 sale el micro de la empresa Río de la Plata de la hora 22.30, con destino a Mar del Plata...*

—¿Cómo el de las 22.30? ¡Qué guachada, salen todos menos el mío!

—...

—Yo hace año, año y medio, que viajo todas las semanas. Por el laburo, ¿viste? ¿Podés creer que nunca salí en horario?

—...

—No importa a dónde vaya. Mi bondi, posta que se atrasa.

—Ah...

—Atención, *por favor, por el andén 18 sale el micro de las 22.40 de la empresa Micromar, con destino a San Nicolás.*

—No ves, no te digo.

—...

—¿Vos también esperás el de Rosario?

—No.

—¿Y para dónde vas?

—No, no voy.

—Viniste a buscar a alguien...

—...

—Che, nena, te encanta hablar a vos, ¿no?

—...

—¿Qué pasa?

—...

—Pará, pará, no me pongás esa cara que yo no te hice nada malo.

—....

—Ah, no, lo único que me falta es que me hagás una pobrecita y te pongás a llorar. ¿Si yo qué te hice? Te hablé nomás.

—...

—No, pará, ahora no te rajés. ¿Te falté el respeto, yo, te hice algo?

—....

—Cortala, nena, no llores que me hacés quedar como la mona, ¿la gente qué va a pensar?

—...

—Nena, estás jodida vos, ¿no? ¿Se puede saber qué te pasa?

—...

—Con esa carita y a tu edad, ¡qué te puede pasar! ¡Dejate de joder!

—Estoy embarazada, mi novio se borró, mi viejo y mi vieja no saben nada, mi viejo le mete los cuernos a mi vieja y se fue de viaje con la mina, mi vieja sabe todo lo de mi viejo pero se hace la boluda...

—¡A la pelota!

—¿Ves?

—...

—...

—Disculpame, che...

—...

—Disculpame.

—Está.

—¿Y qué hacés acá en la terminal?

—Borrarme de mi casa. Mi vieja es la peor. Si tengo que pasar el fin de semana sola con ella, me muero.

—¿Qué, pensás pasar la noche acá?

—Sí. De día ando por ahí, me voy a un shopping o a una plaza, nada. Pero de noche me da miedo, acá es más seguro, hay luz, policía, esas cosas.

—¿Y no le hará mal al pibe?

—¿A qué pibe?

—Al que tenés en la panza, nena.

—Ah.

—...

—No sé.

—Mirá que cuando estás gruesa tenés que descansar y alimentarte bien. Por dos, decía mi mujer cuando esperaba a Leo. ¡Veintipico de kilos se terminó echando encima la gorda!

—...

—Leo es mi hijo, Leonardo, pero le decimos Leo.

—...

—Tiene seis añitos.

—...

—¿Patea ya?

—Sí, bastante.

—Te va a salir goleador entonces.

—...

—A ver... ¿puedo?

—Sí.

—No siento nada.

—Tenés que esperar.

—Hasta que salga el micro tengo tiempo para que me baile un malambo.

—Vas a ser la primera persona que lo siente.

—¡Qué grande! Le vas a tener que poner mi nombre...

—¿Cómo te llamás?

—Guillermo... ¡Uy, me pateó! Me pateó, ¿lo sentiste?

—Sí, lo sentí.

—Guillermo, y si es mujer Guillermina, ¿hecho?

—Lo voy a pensar. A mí me gustaba Lucas.

—Ponele Guillermo. Lucas es medio fifí, medio trolín, ¿viste?

—Lo voy a pensar.

—...

—Che, ¿no tenés una amiga que te banque un par de noches?

—Tengo una, pero se fue a una quinta con los padres.

—...

—...

—Si querés la llamo a mi mujer y le digo...

—No, no, está todo bien, la verdad es que quiero estar sola.

—Otra que sola, si acá hay como un millón de personas.

—...

—Bah, por la bola que te van a dar...

—...

—...

—*Atención, sale por el andén 9 el micro de la empresa El Águila de las 22 horas, con destino a Rosario.*

—Uy, ¿justo ahora tiene que salir?

—...

—Me da no sé qué dejarte así. ¿Seguro que no querés ir a mi casa? Mi mujer es de primera, no va a tener problema.

—No, seguro, estoy bien.

—No me mintás, caradura, ¿con el quilombo en el que estás metida vas a estar bien?

—*Último aviso para el micro de la empresa El Águila.*

—Ya voy, ya voy. ¡Qué manga de hijos de puta! ¡Te hacen esperar como dos horas y después te terminan apurando!

—...

—...

—Gracias.

—Guillermo o Guillermina, acordate.

—Lo voy a pensar.

—Y dale con lo voy a pensar. ¿Vos pensás tanto todo, nena?

—Si pensara todo tanto no estaría así.

—Ves, eso es bueno, te reís de vos misma. Eso es muy bueno.

—...

—Me voy.

—Chau.

—Chau. Suerte.

—...

—Chau.

—Chau.

—Che, nena, te anoto acá mi teléfono. Yo en dos o tres días estoy de vuelta, cualquier cosita que necesités, llamame, ¿eh? ¡Qué letra de mierda que tengo! ¿Me entendés los números?

—Ocho dos cinco, ocho tres ocho tres.

—Ocho tres, ocho tres, eso. Con el cuatro adelante, ¿viste?

—Sí, sí.

—Bueno, listo. ¿Y cómo es que te llamás vos, che?

—Lali, bah, Laura, pero me dicen Lali.

—Chau, Lali.

—Chau.

—Llamame.

—Chau.

25.

El pasado viernes, a las 17 horas, personal de la comisaría 31 recibió, en un sobre anónimo, un mapa a mano alzada que señala al lago Regatas de Palermo como el lugar donde se encontraría el cuerpo de Alicia Soria, desaparecida desde el 30 de junio próximo pasado. Ese mismo día viernes, y con anterioridad a la recepción del citado material, se produjeron varias llamadas, todas efectuadas desde teléfonos públicos ubicados en distintos puntos de esta capital, advirtiendo que el cuerpo de Alicia Soria se encontraría sumergido en el mencionado lago. La policía estudia la veracidad de esta información, que daría un vuelco de ciento ochenta grados en un caso todavía no aclarado.

Copacabana es tal vez el motivo por el cual quienes visitan Río de Janeiro se enamoran de esta ciudad «a primera vista». Un mar nunca demasiado bravo y su arena blanca, la convierten en una playa ideal para tomar sol y refrescarse.

Ante el estado público que tomaron las versiones sobre la posibilidad de que el cuerpo de Alicia Soria estuviera en el lago Regatas de Palermo, se presentó en la comisaría 31 un taxista que asegura haber llevado hasta ese lugar a una mujer, la noche de la desaparición de la mencionada Soria. Es la primera vez desde que los familiares de Alicia Soria hicieron la denuncia, que aparece un testigo aportando datos en la causa. El taxista Juan Migrelli, de 51 años, dice no haberse percatado hasta el día de ayer de que podría tratarse de la misma mujer, pero ante las versiones que ganaron la calle en las últimas horas, y aconsejado por su propia mujer, Migrelli decidió presentarse en la comisaría 31 para dar su testimonio. «Me acuerdo que le dije ‘señora, ¿a usted le parece quedarse sola acá a esta hora?’, y ella me contestó ‘no se preocupe, ya me pasan a buscar’. Uno no se puede meter en la vida de los pasajeros, le cobré el viaje y me fui», dijo el taxista.

Lucas, del latín, «resplandeciente como la luz». Otras variantes del nombre: Luca, Lucca.

Guillermo, nombre de origen germano, significa «el protector».

A última hora del viernes, y después de una ardua jornada, los abogados de la familia Soria consiguieron que el juez que entiende en la causa ordenara el rastrillaje del lago Regatas de Palermo que se llevará a cabo desde las primeras horas del día de hoy. El mencionado lago es, con sus 10 hectáreas, el más grande de la ciudad de

Buenos Aires. Sin embargo, este lago es un espejo de agua artificial, cerrado, con límites bien marcados, una salida de agua y una entrada, lo que facilita la búsqueda, que sin dudas comenzará por el área indicada en el mapa anónimo recibido ayer en la comisaría 31, y que coincidiría con los dichos del taxista Juan Migrelli (ver recuadro). Más allá de esto, expertos en esta materia advierten acerca de la complejidad de la tarea a desarrollar, debido a la abundancia de algas. Es esperable que un cuerpo flote a las 72 horas de haberse producido el ahogamiento. En el supuesto caso de que la desaparecida Alicia Soria estuviera allí, ese plazo se encontraría ampliamente cumplido. Sin embargo, la hipótesis que se esgrime es, justamente, que el cuerpo se encuentre enredado en las algas del lago.

Ipanema es una playa que marca tendencias para el resto del país y del mundo. Aquí es donde la primera mujer embarazada se atrevió a usar una bikini, donde se vio el primer topless, y donde apareció la primera bikini de las llamadas «hilo dental».

Durante todo el día de ayer trabajaron en el área buzos tácticos del Grupo Especial de Rescate (GER) de la Policía Federal. Las tareas empezaron a las 7.15 de la mañana y siguieron sin interrupción hasta el anochecer. Para mejorar la búsqueda, se unieron las dos orillas del lago con una soga. Los buzos rastrillaban esa área virtual, y luego movían la soga aproximadamente un metro para proseguir con otra franja. «Es la única manera de asegurarnos de que no queda lugar por revisar», declaró Fermín Lemos, a cargo del operativo. Los buzos utilizan en su tarea una cámara que refleja las imágenes captadas en dos monitores. Pero hasta el momento en que interrumpieron la búsqueda, a las 19.10, sólo pudieron verse plantas verdes. Por esta circunstancia, prácticamente el único elemento del que pueden valerse los buzos, es su propio tacto. Los buzos se ven obligados a buscar de pie, caminan hacia adelante y mueven sus brazos a cada lado buscando dar con algo. Llevan pesas de un kilo y medio, un peso varias veces mayor al usado habitualmente, para evitar que sus cuerpos salgan a la superficie. También cuentan con lo que llaman «cabo de vida», una soga que los conecta con un bote, y de la cual, ante cualquier problema, tiran para avisar que necesitan subir. Como sucedió a última hora de ayer, cuando uno de los buzos se lastimó con los restos de un kayak hundido (ver nota aparte). Los buzos trabajan de a dos, y en turnos de cuarenta y cinco minutos. Después de cada inmersión los buzos descansan una hora y media, fuera del agua. Cada vez que los buzos emergen a la superficie, aparecen envueltos en una maraña de algas adheridas a su traje de neoprene. Para los hombres del Grupo Especial de Rescate (GER), esta búsqueda es un infierno, se los ve abatidos, quejándose de un lago donde la búsqueda es peor «que en la selva de noche».

Inés, del griego, «pura y casta».

Ernesto, del germano, «luchador decidido a vencer».

Laura, del latín, «la victoriosa».

A las dos y media de la tarde, por orden del Gobierno de la Ciudad, se abrieron las puertas de desagote del lago, a pesar de la oposición de la Asociación Amigos y Vecinos del Lago, basada en argumentos de impacto ambiental. «La desaparición de una persona no puede someterse a consideraciones ecologistas de ningún tipo», dijo el doctor Ricardo Soria, el padre de Alicia Soria, en sus únicas declaraciones a la prensa. Por su parte, el presidente de la mencionada Asociación ecologista, licenciado Luis Julio López sostiene que «vaciar el lago es atroz; deberían llenarlo, para que el cuerpo hinchado por los gases emerja aunque el lago esté plagado de juncos. Terminarán eliminando buena parte de la flora y la fauna». A lo que hace alusión López es que en este lago viven peces (hay cinco especies preponderantes entre las que se destacan «las chanchitas y las tarariras»), nutrias, aves de las más variadas, y hay profusión de algas. Ayer, cerca de las horas del mediodía, la empresa Aguas Argentinas, que desde hace cuatro años se encarga de limpiar y desmalezar los lagos de Palermo, recibió una orden precisa de la Secretaría de Producción y Servicios: abrir las compuertas que unen el Regatas con el Río de la Plata a través del arroyo Medrano. El lago cuenta con dos bocas de entrada y salida de agua, al norte y al sur. Una está conectada directamente a una planta depuradora de Aguas Argentinas; la otra, abierta, desagota el agua del lago hacia el arroyo Medrano, con dirección al Río de la Plata. En la compuerta norte instalaron un alambre tejido que, si se confirma la hipótesis, impedirá la salida del cuerpo. El agua corre a través de seiscientos metros de caños subterráneos que cruzan Figueroa Alcorta y entra en el Regatas por una cascada de piedras, para evitar que el chorro de agua erosione su lecho. Aguas Argentinas se encarga de que la vegetación del lago se mantenga en equilibrio. «Si hubiera exceso de algas el agua se pondría verde; el equilibrio existente permite mantener el agua oxigenada», declaró el vocero de la empresa. En caso de que por el vaciamiento alguna especie deba ser asistida, se la trasladará en tanques especialmente acondicionados al Rosedal. Hasta ayer, ninguna especie tuvo que ser trasladada.

Finalmente, el desagote del lago fue interrumpido cuando el agua apenas había bajado a un metro y medio, ya que las algas, del tipo «cola de gato», se apelmazaron en el fondo y dificultaron aún más la tarea de los buzos tácticos.

El Cristo Redentor enclavado en el Corcovado es, tal vez, la imagen más típica de Río: un Cristo con las manos abiertas bendiciendo la ciudad. Nadie puede irse de Río

sin haberla visto.

Tras dos días de intensa búsqueda, en las últimas horas de la tarde de ayer, fue hallado en el fondo del Lago Regatas de Palermo el cuerpo sin vida de Alicia Soria. El cuerpo se encontraba a catorce metros de la costa, en una zona donde el lago tendría entre tres y cuatro metros de profundidad, gracias a un *sonar* prestado por un amigo de la familia, ya que ni los bomberos ni la prefectura contaban con el citado elemento. La temperatura del agua del lago en ese momento ascendía a 18 grados centígrados. Una sonda ecográfica como la utilizada vale \$350 en los negocios de pesca y está diseñada para detectar cardúmenes. El buzo táctico que halló el cadáver dijo cuando emergió: «Lo encontré, está atascado en medio de un nudo de algas». En la orilla del lago estaba el padre de Alicia Soria, el doctor Ricardo Soria. Su mujer, Beatriz Panne de Soria, tuvo que retirarse momentos antes, asistida por personal médico debido a una descompensación. El doctor Soria vio desde una distancia de cinco metros cómo metían el cuerpo que podría ser de su hija en una bolsa de plástico gris y lo cargaban en el camión de la morgue. Le queda aún un amargo trance por pasar, reconocer el cuerpo hallado. Sin embargo, trascendió que sobre el pecho de la mujer colgaba una medalla con las iniciales «A. S.», y la fecha del nacimiento de Alicia Soria.

Para ese entonces habían pasado cinco horas desde que salieron los tres botes y los tres gomones, uno de los cuales llevaba instalada junto al volante la sonda ecográfica perteneciente a Luis Mateua, un amigo personal del doctor Soria y aficionado a la pesca deportiva. En el operativo participaron bomberos, buzos de la Prefectura y civiles. Apenas la sonda marcó el lugar, un buzo se tiró y tocó la cabeza de la desafortunada mujer. De inmediato los demás botes se concentraron allí, y descendieron otros tres buzos que, luego de cortar y arrancar algas, sacaron el cuerpo. En tres oportunidades anteriores la sonda había dado falsas señales. Los errores obedecieron a que la sonda está diseñada para detectar peces, que es la imagen que aparece en su pantalla de cristal líquido de 10 centímetros. El equipo los clasifica en peces medianos, grandes y chicos. Cuando el aparato detectó el cuerpo de Alicia Soria informó la existencia de cuatro peces grandes y uno chico, juntos.

Ernesto volvió. Con lo que el interrogante número 3 de la alternativa número 3 de mi cuadro sinóptico quedaba invalidado. Ese lunes, a las cinco de la tarde, abrió la puerta con sus propias llaves y dijo: «Hola, Inés». Se acercó al sillón donde yo estaba y me dio un beso en la mejilla. Dejó la valija a un costado. «Tengo una parva de cosas para lavar ahí adentro.» «Mientras no me hagas lavarle un corpiño a ésa», pensé. Se disculpó por no haber parado en el free shop a comprarme algo. «Le había prometido un perfume a Lali, pero estoy agotado, quería llegar a casa cuanto antes.» «Mucha actividad, ¿no?» «No sabés...» Estuve por interrumpirlo varias veces para contarle lo del cadáver recuperado, pero cada vez que tomaba coraje él arrancaba de nuevo. Preguntó por Lali, por ella siempre pregunta. «No sé, estuvo todo el fin de semana en la quinta de una amiga, y ni llamó, así que debe estar bien, si hubiera necesitado algo habría llamado, ¿no?» *No news, good news*, mi mamá odia ese refrán. Claro, aplicado a mi papá era casi una burla. Después Ernesto dijo un par de cosas más, de esas cosas que diría cualquier marido cuando llega de un viaje: si llamó alguien, cómo estuvo el tiempo por acá, etc., etc., etc. No preguntó por el perro porque no tenemos. Tanto lugar común empezó a desconcertarme. Yo me había preparado durante todo el fin de semana para que pasara cualquier cosa cuando regresara Ernesto. Y cualquier cosa era que Ernesto no me hablara, que viniera a juntar sus cosas y se fuera para siempre, que me dijera simplemente «me enamoré de otra». Hasta que no volviera. Pero no me preparé para tanta normalidad. Ernesto actuaba como siempre, lo que me hizo pensar que ése no debía haber sido su único fin de semana de amor clandestino. Con Charo o con otra. Y después de ese clic empecé a ver la cosa con más claridad. Si había habido otros, eso era muy bueno, quería decir que nuestro matrimonio era más fuerte que sus escapadas higiénicas. Porque, ¿de qué otra manera podía calificarse lo que había hecho? Hay gente que se va tres días a un spa a que lo masajeen, otros a que los desintoxiquen, otros a que les hagan baños de barro o de placenta de tortuga. Sobre gustos. Ernesto, evidentemente, necesitaba otro tipo de descarga. Quién está libre de pecado para decir que lo suyo es más criticable que estresarse, que fumar o que no poder parar de comer. Ni qué hablar de otras adicciones. Distintos vicios. Una tiene el deber de comprender. Y a pesar de su vicio, Ernesto siempre había vuelto. Como ese lunes. El golpe final llegó cuando me dijo: «Inés, ¿te acordaste de sacarme el traje gris de la tintorería?», y con esa frase me desarmó, no pude contestarle. «¡Te dije que lo necesitaba para mañana sin falta, Inés!» Era el mismo Ernesto de siempre. Mamá me hubiera dicho: «¡Otra vez sopa, nena!». Pero ella es tan negativa, la golpearon tanto. Yo no. Y en medio de tanta oscuridad, ver la luz y darme cuenta de qué era lo importante, cuando yo misma acababa de encender el fósforo para el incendio, me dio mucho miedo.

Ernesto se sirvió algo para tomar y se sentó en el sillón frente a mí. Apoyó los pies sobre la mesita ratona, junto a su carpeta celeste donde yo ahora guardaba los recortes que habían aparecido el fin de semana acerca de la muerte de «Tuya». O de «ex Tuya», o de «creía que era Tuya». Me quedé con la vista fija en sus zapatos a menos de cinco centímetros de la carpeta. Ya no pude aguantar más y le dije: «Apareció Alicia». Ernesto se quedó duro. «Ayer encontraron el cadáver.» Me incliné sobre la mesa ratona y le acerqué la carpeta celeste. Ernesto la abrió y fue leyendo los recortes cronológicamente, tal como yo los había ordenado. La carpeta temblaba en sus manos. Sentí pena, parecía un chico. Entró Lali. Apenas saludó. Tenía mala cara; seguramente se debía haber pasado de rosca el fin de semana con su amiga, no debían haber dormido nada, y esas cosas que hacen las chicas de su edad. Pero no era momento de ponerme a educarla. A su papá y a mí nos estaban pasando cosas demasiado graves. Y a esa altura ya llevábamos invertidos demasiados años y esfuerzos en su educación. Y dinero. Ernesto una vez había hecho la cuenta. Cuando terminara el secundario habríamos invertido, sólo en cuota de colegio, casi ochenta mil dólares. Si le sumás los útiles, los uniformes, los libros, las excursiones, el bendito viaje de egresadas, alguna que otra maestra particular, etc., etc., no bajás de los cien mil dólares. Impresionante. Y como decía Ernesto, para que después venga y te diga que quiere ser modelo. O ama de casa; eso lo decía yo, porque a él, que su hija terminara siendo ama de casa ni se le cruzaba por la cabeza. «Ella está para otra cosa», decía. Ernesto siempre pensaba en Lali, pero ese día, con la carpeta celeste en sus manos, creo que solamente pensaba en él. Y hacía bien. Porque pensar en él era pensar en todos nosotros, en su familia. Dormir un día más o menos a Lali no le iba a cambiar la vida. Se quedó un momento mirándonos, dura, agria, como es ella, y después se fue para arriba. Ernesto no atinó a decirle nada. Peor que eso, intentó decir «no conseguí tu perfume», pero se le quebró la voz y la frase sonó a telenovela. Desde el descanso de la escalera, Lali se dio vuelta para mirarlo y siguió. Fue una suerte, hay veces en que ese silencio con el que nos quieren castigar los hijos adolescentes es lo mejor que nos puede pasar. Ya va a venir a hablar cuando necesite algo. «¡Si supiera por lo que están pasando sus pobres padres!», dije. Y Ernesto me contestó: «Dejala, es una nena». Típico de él, siempre la justifica.

Ernesto esperó a que Lali terminara de desaparecer por la escalera para seguir con la carpeta. Mientras leía se le iba transformando la cara. El tostado brasileño se le iba empalideciendo. «Lali no se tiene que enterar de nada», dijo. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Parecía quebrado. «¡Qué vergüenza!» Lloró. No sé si por Lali, o por él, o por la misma Alicia. Pero lloraba de verdad.

Me levanté y fui a sentarme junto a él. Ernesto tiró la carpeta sobre la mesa y se quedó con la vista perdida. Suspiró. Se secó las lágrimas. Me miró. Me agarró la mano y la apretó. Me acarició un mechón de pelo que me caía sobre la cara, me

palmeó la pierna, y me dijo «tranquila, todo va a salir bien».

Entonces fue cuando yo me terminé de convencer de que, definitivamente, me había equivocado.

27.

—Pau...

—¿Lali?

—Sí.

—Ah, ¿qué hacés?

—Acá, en casa. ¿Cómo te fue?

—Rebién ¿y a vos qué onda?

—Bien.

—¿No fuiste al cole?

—No, vos tampoco.

—Vine recansada del fin de semana con los viejos. Me agotaron. A esta altura del año ya ni te ponen falta.

—...

—...

—Che, Pau, hace como una hora que la panza se me pone redura. El fin de semana me pasó un par de veces, pero nada, después se me pasó, y todo bien, pero ahora es como más seguido, y no para. No sé. ¿Tenés idea qué puede ser?

—Ni idea.

—...

—...

—...

—¿Te duele?

—No. Pero se pone como una roca.

—Che, ¿no será eso de las contracciones?

—No sé.

—Me suena que las contracciones son algo así.

—¿Así qué?

—Así, que se te pone la panza dura.

—...

—No estoy segura, ¿eh?

—Y si son, ¿qué tengo que hacer?

—¡Ay, yo no sé de eso ni ahí!

—...

—Habría que preguntarle a alguien que sepa. ¿Querés que le diga a mi vieja?

—No, no embardes más la cosa.

—No, yo, si vos no querés, no digo nada.

—Ahora se me está pasando un poco.

—Ay, qué suerte.

—Sí.

—...

—...

—¿Se te pasó?

—Sí, casi.

—¿Nos vemos más tarde?

—Bueno.

—Bah, si estás bien.

—Sí, seguro voy a estar bien.

—A las cinco en el shopping.

—Dale.

—Chau.

—Chau.

28.

Estaba bastante más tranquila. Me puse a preparar algo rico para la cena. Algo que le gustara a Ernesto. No preparé lomo a la pimienta con papas a la crema, por cábala. Es lo que había preparado la noche en que Ernesto se fue a Brasil con Charo. Hice pollo a la naranja, un poco amargo para mi gusto, pero es un plato sofisticado y no me traía recuerdos de nada.

Que hubiera aparecido el cadáver no cambiaba tanto las cosas. Era cierto que si la autopsia la hacían con un poquito de cuidado, iba a saltar lo del golpe en la cabeza. Pero en este país, nunca se sabe. Y además, si saltaba, el golpe no llevaba la firma «Ernesto Pereyra».

Ernesto se dio una ducha y bajó a comer. Por suerte Lali había salido. Había ido al shopping, con una amiga. El mundo se puede estar viniendo abajo y los adolescentes siguen en el shopping yendo y viniendo, sin comprar nada por supuesto. ¡Qué generación, Dios mío! Pero por mí, si quería ir al shopping, que fuera. Y si se quedaba a dormir en lo de su amiga, tanto mejor. Era bueno que Ernesto y yo estuviéramos solos para poder hablar y actuar sin tener que cuidarnos de ser escuchados. No era momento para participar a Lali de lo que estaba sucediendo.

Le serví el pollo. Ernesto se veía mal, preocupado. No era para menos, pero si uno no pone un poco de onda, la realidad te mata. La cosa estaba complicada, eso no lo vamos a negar. Aunque todavía la situación no era irreversible, y eso era lo importante. Hay pocas cosas irreversibles en la vida, la muerte, que te corten un brazo, tener un hijo. De esas cosas no hay retorno posible. Para bien o para mal. Ernesto no se había muerto, no le habían cortado un brazo, ni había tenido un hijo. Sí, una hija, conmigo, y eso sabía que jugaba a mi favor. Así que teníamos que seguir peleando, dando batalla para desvincularlo totalmente de cualquier sospecha. El verdadero problema con el que nos enfrentábamos era que no había demasiados sospechosos en la causa. Si hubiera habido, la presión se habría distribuido entre varios y la cosa habría sido más manejable. Pero no había. Ernesto era, prácticamente, el único sospechoso. Para mí fue una sorpresa que estuviera involucrado. Yo no lo sabía. Ernesto no me había querido contar. «No quería preocuparte, mientras no hubiera cadáver no había delito», me dijo parafraseando una frase mía de meses atrás. Y sentí un cuchillo que se me clavaba porque, si había cadáver, era por mi culpa. Ahora había cadáver, y sospechoso. Parece que dos chismosas que trabajaban con él y con Alicia hablaron de más, y Ernesto quedó pegado. Dijeron que ellas estaban seguras de que entre Ernesto y Alicia había una relación. Se debían creer muy vivas, muy suspicaces. Y no sabían ni la mitad de lo que estaba pasando. Pero bueno, las minas que laburan toda su vida en oficinas son así. Envidiosas, metidas, cizañeras. Cuanto más cerca del microcentro trabajan, peor.

Debe haber como un ecosistema que las incubaba. Como no les quedan horas libres para vivir su propia vida, viven a través de las de las demás. La oficina es su propia vida. Viven de lunes a viernes y no soportan el fin de semana. Quieren a toda costa que llegue el lunes otra vez, para que les pase algo. Pobres. Como Alicia, que se inventó una vida propia con Ernesto. Una vida clandestina, pasajera, sin futuro. Una vida de lunes a viernes de ocho treinta a diecinueve horas. Y lo que es peor, una vida arruinada por su propia sangre. Algo tan mal parido, ¿cómo podía terminar? Qué triste. Y qué previsible. Mi mamá se habría dado cuenta al vuelo. Hasta yo me habría dado cuenta.

Lo cierto es que estas dos mujeres declararon que entre Ernesto y Alicia había una relación. «Okey, ellas habrán dicho lo que quieran, pero vos declaraste que vimos juntos *Psicosis* esa noche, y yo voy a decir lo mismo cuando me pregunten», dije. Y agregué más tranquila de lo que estaba para levantarle el ánimo: «¡Tenemos coartada, querido!». «Declaré que vos veías *Psicosis* en el televisor del living mientras yo dormía arriba», me corrigió él. No era lo que habíamos arreglado. «No quería pisarme. Si me preguntaban algo de la película, me iba a enredar. En cambio, dormir es una mentira más fácil de sostener», me explicó. Y me pareció inteligente. Bueno, hay que aceptar que Ernesto tonto no es. Pero claro, es hombre, y, por lo tanto, capaz de confundir a Tyrone Power con Mel Gibson. Y la cosa, tal como él la había planteado, funcionaba igual. Porque si Ernesto hubiera salido de la casa, yo lo tendría que haber visto. Bueno, es una manera de decir, porque por supuesto que Ernesto sí salió de la casa, y yo sí lo vi. El *think in english*, de Mrs. Curtis. Pero, pensando en términos de nuestra coartada, estaba todo bien. Todo bien, menos Ernesto, que tenía una cara que daba por tierra cualquier coartada. El pollo a la naranja se enfriaba en el plato. «Es que tengo miedo de que piensen que me estás encubriendo.» «¡Ay, Ernesto, no estés tan negativo! Si éstos no piensan nada.» El problema seguía siendo que no hubiera otros sospechosos. La justicia está cada vez peor. Se quedan con lo primero que les dicen y no investigan nada más. Era evidente que ser el único sospechoso no nos dejaba muy bien parados. «Hay que generar otros sospechosos, inventarlos», le dije. Ernesto reaccionó mal, me dijo que yo siempre ando pensando locuras, que cómo íbamos a inventar cosas que después se vinieran en nuestra contra, que de ninguna manera iba a hacer una cosa así. Eso es lo que dijo. Pero su cara parecía estar diciendo otra cosa. Por eso insistí. «¿Tenía algún enemigo esta chica?» «No, la querían todos.» «Menos la sobrina», pensé. «¿Quién heredó sus cosas?» «No sé, supongo que sus padres, hijos no tenía.» «Pero tenía una sobrina», otra vez pensé sin decir nada. «O sea que, en principio, si hay que descartar el móvil económico y el ajuste de cuentas... sólo queda el crimen pasional», le dije y sonó a serie policial. «Y ahí es donde pierdo yo», se apuró a decir Ernesto. «Porque estás solo. Hay que agregar a alguien en ese móvil.» El tercer lado del isósceles. La tercera en discordia.

¿O la cuarta? Charo era la candidata ideal. No la quería (a la muerta), le podía tocar parte de su plata y estaba enredada con el amante de su tía, amante de mi marido. Era perfecto, Ernesto tenía que sumar dos más dos y decirlo. Pero resultó que no era tan bueno para las matemáticas. «Todo el mundo sabía que no había otro hombre en la vida de Alicia», dijo como si hubiera sido una frase importante. Con lo cual, no sólo me preocupé porque Ernesto no la agarraba con la rapidez que requerían las circunstancias, sino porque las dos mujeres que habían declarado terminaron convirtiéndose en «todo el mundo». «Aunque queramos inventar un hombre, nadie lo va a creer», siguió. Y yo lo corregí, a riesgo de ser demasiado evidente: «Inventemos una mujer». Ernesto me miró casi sorprendido. «Una mujer que esté lo suficientemente loca por vos como para querer sacar a Alicia del medio.» Ernesto dijo «eso es una locura». Creo que dijo exactamente eso. Palabras más, palabras menos. «Alguien que sea capaz de escribir cartas y firmarlas ‘tuya’...», seguí. «Estuviste revisando mis cosas», se atrevió a decirme. «Alguien que te saque fotos desnudo.» «Inés, no lo puedo creer», dijo. «Alguien que sea capaz de irse a Río con vos por el fin de semana.» «No, no, de ninguna manera», dijo. «Es sólo cuestión de meter todo en un sobre y enviarlo al lugar correspondiente.» «No», volvió a decir, pero ya no sonaba tan firme. Entonces rematé con una frase que creo que fue definitoria: «¿Serías capaz de ir a la cárcel por ella?».

Ernesto no contestó.

«¿Qué estás pensando?», dije sabiendo que no tendría respuesta. Ernesto siguió mirándome sin decir una palabra.

Y ya no insistí.

No, Ernesto no sería capaz.

29.

—Ocho dos cinco, ocho tres, ocho tres.

—¿Sí?

—Disculpe, ¿está Guillermo?

—Momentito, ¿quién es que le habla?

—Lali.

—Ah, sí, un segundito.

—...

—Hola.

—Hola, Guillermo, disculpame que te moleste, yo soy la chica que estaba la otra noche...

—Sí, ya sé quién sos. ¡Qué bueno que me llamaste!

—...

—¿Cómo va todo, nena?

—Bien.

—¿Bien?

—Bah, maso.

—¿Estás en tu casa?

—Sí, estoy en casa.

—Ves, eso es bueno. Eso es muy bueno.

—Bah, en realidad ahora estoy en un teléfono público de un shopping, pero a la noche me voy para casa.

—Está bien, está muy bien.

—...

—...

—Te llamé porque estoy con un problema.

—¡Si estás con un solo problema estás mejor que el otro día!

—...

—Reíte un poquito que le va a hacer bien al goleador.

—...

—Ves, eso me gusta. Dale, contame.

—La panza se me pone dura, muy dura, y después afloja. Pensé, no sé, que capaz tu mujer sabe qué puede ser.

—Nena, ¿me estás jodiendo?

—No, ¿por qué?

—Estás con contracciones. ¿Vos ya estás en fecha?

—Ni idea.

—Vos me estás jodiendo...

—...

—¿El médico que te dijo?

—No, yo... yo no vi a ningún médico desde que estoy así.

—No, lo peor de todo es que no me estás jodiendo...

—...

—Bueno, quedate ahí que voy a buscarte y te llevo ya a un hospital.

—¿A un hospital?

—¿Y a dónde querés ir a tener un bebé, nena?

—¿Pero entonces puede ser que ya esté por venir?

—Y yo no sé, yo soy viajante de comercio, vendo cierres relámpago y esas cosas, nena, pero por las dudas yo te llevo ya mismo al hospital. Dame la dirección del shopping ese.

—...

—Hola...

—...

—¡¡¡Hola!!!

—...

—Ta que lo parió. ¡Cortó!

30.

Sacaron el cadáver de Alicia Soria del refrigerador y lo colocaron sobre la mesa. Un cartón confirmaba su identidad gracias a la revisión que se había hecho, días atrás, sobre sus piezas dentarias. La medalla con sus iniciales y la fecha de su nacimiento no fue prueba suficiente para acreditar su identidad desde el punto de vista forense. Desde otros puntos de vista, sí. Su padre sabía que era ella. Su madre sabía. Charo, Ernesto e Inés sabían aunque no hubieran visto la medalla.

Corrieron el cierre de la bolsa plástica y el olor de la muerte de Alicia invadió la sala. «Cuerpo en estado muy avanzado de descomposición», le dictó el forense al asistente que tomaba nota para hacer el informe. El forense revisó el cuerpo. Primero externamente, buscando traumatismos, heridas cortantes, orificios de bala. Rutina difícil de aplicar en un cuerpo tan descompuesto y, lo que era peor, con presunción de inútil ya que todo indicaba una muerte por sumersión. Rutina. Giró el cuerpo muerto sobre la mesa y siguió su búsqueda. Algo le llamó la atención. «Infiltración sanguínea prevertebral», le dictó al asistente. Palpó el cuello, hacia arriba y hacia abajo. Y agregó: «Fractura del cuerpo de la 6ª y 7ª vértebra cervical con separación casi total de fragmentos y distensión medular». Volteó el cuerpo hacia arriba otra vez. Tomó el bisturí sabiendo que no todo era tan evidente en este cuerpo muerto. Dibujó una Y sobre él. Tuvo cuidado y no arrastró los senos de Alicia con el corte. Cuando completó el dibujo, entregó el bisturí a su ayudante y jaló de la piel. El ayudante le pasó la sierra eléctrica y el forense seccionó la caja torácica. Quebró el esternón. Desarticuló las clavículas, y llegó a los pulmones. Un ayudante se encargó de la evisceración. Sacó los órganos de Alicia en bloque, y luego los despegó para medirlos y pesarlos. Empezó por los pulmones. Todos supieron que Alicia no había muerto ahogada. «No existe evidencia de agua en los pulmones», dictó el forense.

El ayudante sacó lo que quedaba. Cuando fue el turno del útero lo cortó, como indica la rutina para ciertos órganos, para luego guardar los cortes en formol. Pero después del primer corte dudó, y ya el segundo lo hizo con más cuidado. No cortó por tercera vez. Llamó al forense, éste se acercó, abrió el órgano por el corte, miró y asintió. Luego dictó: «Posible embarazo de aproximadamente doce semanas».

Llenaron el cuerpo de telas, suturaron con cuidado, y lo lavaron.

El cierre corrió hacia arriba, y el cuerpo de Alicia entró otra vez en el refrigerador.

31.

Ernesto me esperó en la habitación. Yo fui por la caja de herramientas. Subí la escalera llevando la caja con una sensación extraña, como si fuera parte de una película y la cámara me siguiera escalón por escalón. Yo, la protagonista, iluminada, en el centro de la pantalla. Hasta se me repetía en la cabeza una de esas músicas instrumentales típicas para escenas como ésa. Fue raro. Pero me gustaba, me sentía importante, estaba a punto de hacer algo que iba a ser fundamental para el futuro de mi familia. Algo que me ponía en un lugar privilegiado. El lugar de los que hacen cosas que influyen sobre los demás. Hay gente que pasa por la vida sin dejar huella. Tristísimo. Como mi mamá, que lo único que hizo en su vida fue odiar a mi papá, y eso dejó huella solamente en ella. Porque yo hablo mucho del asunto, pero en definitiva, era la vida de ella, el marido de ella. Yo estaba afuera. Como Lali. Si mamá lo hubiera matado, habría sido otra cosa, pero odiar. Yo misma, si no hubiera sido por todo lo que desencadenó el accidente de Alicia, me habría muerto sin pena ni gloria. Pero ahí estaba, subiendo como una reina, llevando sobre mis brazos la ofrenda para los dioses que me esperaban en el altar (o sea, la caja de herramientas para Ernesto que me esperaba en la habitación).

Cuando entré, Ernesto estaba sentado sobre la cama. Dejé la caja junto a él y me senté del otro lado. Eso también fue lindo. Ernesto y yo estábamos sobre la cama compartiendo algo. Como cuando éramos jóvenes y mirábamos fotos, o como cuando nos quedábamos una mañana sin apuro leyendo el diario. No puedo jurar sobre una Biblia que alguna vez hayamos hecho lo uno o lo otro. Después de veinte años, el matrimonio deja de ser lo que es para convertirse en lo que uno cree que es. A uno se le mezclan las cosas, lo que le pasó a otro le podría haber pasado a uno. Es todo tan parecido, sobre todo en los matrimonios como el nuestro, familia tipo, modelo estándar. Yo no sé si alguna vez miré fotos sobre la cama con Ernesto, pero aun si no lo hice, pude haberlo hecho. Y la sensación era ésa, la de haber recuperado algo que alguna vez tuvimos.

Ernesto levantó la tapa de la caja y recibió su primer golpe. Vio el revólver de Alicia. «¿Qué es esto?» «El revólver con el que te pensaba matar Alicia.» Ernesto se quedó mirándome. «¿A mí?» «Eso me imagino. Estaba junto con tus desnudos y los pasajes a Río.» «¿Dónde?» «En su mesa de luz.» «¿Estuviste en su departamento?» «Sí.» «¿Eso es una locura, Inés! Te pudo haber visto alguien. ¿Te vio alguien?» «No.» «¿Estás segura?» «Me crucé con el portero, pero no me vio, y tomé un café en el bar de enfrente, pero el mozo que me atendió no está ni para sumar dos más dos.» «¿Cuál mozo? ¿Uno alto, canoso?» «Sí, uno flaco, de bigote negro, me tiró media azucarera encima.» Ernesto se quedó mirándome tenso. No sé si «tenso» era la palabra. Luego se aflojó y tomó el revólver. Lo observó, lo revisó, lo empuñó como si fuera a

disparar. «¡Ernesto, tené cuidado que podés lastimar a alguien!» «¿Está cargado?» «Obvio, con un revólver descargado no te iba a poder matar.» Ernesto abrió el tambor y sacó las balas, lo volvió a cerrar, y guardó todo, revólver y balas, en el cajón de su mesa de luz.

Nos pusimos a revisar las cosas. Las cartas firmadas «Tuya». Los besos de lápiz de labio. La caja con los preservativos dedicados. Ernesto se opuso terminantemente a que usáramos las fotos donde aparecía desnudo. Le daba pudor, y nos sobraba material incriminatorio. La idea era convencer a la justicia de que había una mujer con un móvil lo suficientemente importante como para querer sacar del medio a Alicia. Una mujer celosa, posesiva, perdidamente enamorada de Ernesto. Una mujer que lo quería sólo para ella. Y que conocía los pasos de la occisa como los suyos propios. Charo. Que además, por el vínculo familiar que tenía con Alicia, estaba obligada a tener contacto con ella, a encontrarse en reuniones familiares, a soportar posibles reproches. Todo muy molesto, casi insoportable, tanto, que decidió cortar por lo sano y sacársela de encima. Ordené las ideas para Ernesto y le agregué algunos adornos de mi autoría para que sus dichos sonaran convincentes: que Charo era tremendamente posesiva (evidencia 1, carta número 1, «no aguanto un minuto más sin verte»); que no soportaba la idea de que hubiera otra mujer (evidencia 2, carta en servilleta de papel, «te quiero sólo para mí»); capaz de cualquier cosa (evidencia 3, dedicatoria en caja de preservativo, en este caso no es relevante la frase sino el hecho en sí mismo); que le había insinuado alguna vez la idea de deshacerse de Alicia (evidencia 4, frase en cajita de fósforos de hotel alojamiento, «no puede haber nada que nos separe»). Ernesto luego diría, ante la autoridad competente, que hasta ese momento él sólo había tomado las frases citadas como palabras que se dicen por decir. Y que sólo después de mucho pensarlo, se sintió en la obligación de prevenirlos de que, tal vez, Charo tuviera algo que ver en todo esto. No iba a ser fácil, Charo contraatacaría, pero Ernesto tenía coartada, estuvo en casa, yo daría fe de eso, dormía arriba mientras yo miraba *Psicosis*. Charo no. Ernesto lo sabía, no me dijo qué había hecho Charo esa noche, pero sabía que no tendría coartada. A menos que la inventara, como nosotros. Pero ella no contaba con alguien incondicional que la cubriera, que la protegiera. Ernesto sí, me tenía a mí.

Esa noche dormí serena. No hicimos el amor, Ernesto estaba cansado. Pero yo estaba feliz, habíamos compartido tanto, habíamos estado tan cerca, que eso era más importante que la mejor encamada que hubiera tenido en su fin de semana con Charo. Cuando dos personas se conectan como lo habíamos hecho nosotros, la cosa puede durar toda la vida. En cambio, hasta la mejor atracción sexual se termina cuando llega el orgasmo. Y después te quiero ver remontando el barrilete de nuevo.

A la mañana Ernesto salió más temprano para ir a hacer su declaración espontánea en la comisaría 31, tal como habíamos planeado. No quiso que lo

acompañara. «Quiero mantenerte lo más lejos posible de esto.» Le acerqué la caja de herramientas y se fue. Estaba nervioso, con decir que no pasó por el cuarto de Lali a saludarla. Rarísimo, pero una suerte. Lali no había dormido en casa. Seguramente estaba en la casa de su amiga, como siempre, y no nos había avisado. Pero la situación le hubiera generado una angustia más a Ernesto, que ya estaba en el límite de lo que podía soportar.

No pasaron cinco minutos desde que salió de casa y yo no encontraba calma. Era como que el cuerpo me quedaba chico. Uno de los hechos más importantes de mi vida futura estaba a punto de concretarse, mientras yo, encerrada en mi casa como todos los días, decidía si cambiaba las sábanas de la cama o las hacía aguantar un par de días más.

Tomé un taxi y me fui a la comisaría. Aunque más no fuera quería ser *voyeur* y celebrar desde mi escondite mi victoria sobre Charo. O mejor dicho «nuestra» victoria, porque Ernesto y yo volvíamos a ser un equipo. Me sorprendió no ver el auto de Ernesto estacionado en los alrededores. A Ernesto no le gusta pagar cochera. Me acerqué a la puerta de la comisaría y husmeé. No lo vi. Tal vez ya estuviera declarando. Nadie me preguntó qué hacía, qué necesitaba, ni nada por el estilo, pero no quise abusar de la inoperancia del personal de turno y busqué un lugar desde donde observar sin ser vista. Esperé una hora y no pasó nada. Se me ocurrieron distintas alternativas, pero no tenía papel para hacer un cuadrito sinóptico, así que lo hice mentalmente.

- Alternativa 1: Ernesto está declarando, tarda porque la justicia es lenta.
- Alternativa 2: Ernesto está declarando, tarda porque despertó alguna sospecha y lo tienen demorado.
- Alternativa 3: Ernesto tuvo un problema con el auto y se atrasó.
- Alternativa 4: Ernesto se acordó de que tenía que pasar por la oficina, y pospuso la declaración un par de horas.
- Alternativa 5: Ernesto ya llega.

Ésta en realidad no era una hipótesis más, sino lo que estaba viendo. En el preciso momento en que trataba de pensar una quinta alternativa, Ernesto pasó manejando su auto. Las alternativas 1 y 2 quedaron automáticamente descartadas, y ya no importaba mucho si se había demorado por la alternativa 3 o la 4, porque lo importante era la 5. Ernesto ya estaba allí.

Estacionó en la esquina y bajó del auto. Pero no estaba solo, del lado del acompañante bajó un hombre alto, flaco, canoso. Alguien a quien conocía pero que no podía terminar de ubicar. Cruzaron la calle juntos, Ernesto unos pasos más adelante, como si lo guiara. Sin la caja de herramientas. Antes de entrar el hombre se acomodó el pelo mirando su reflejo en la ventanilla de un patrullero. Lo tuve frente a

mí. Entonces vi su bigote negro. Sentí un dulzor relajante en la boca y ya no tuve dudas. Era el mozo que me tiró el azúcar encima la mañana que estuve en el departamento de Alicia.

32.

—Me duele mucho.

—Sí, sí ya sé, chiquita. Vos aflojate, lo más relajadita posible que te tengo que hacer un tacto.

—¿Qué es eso?

—Quiero ver si estás con dilatación.

—Tengo miedo...

—Tranquila, querida, vos relajate lo más que puedas.

—¿Qué me está haciendo?

—Nada, chiquita, un tacto, nunca te hiciste ver, ¿no?

—No.

—Tuviste suerte, parece que está todo bien.

—...

—Bueno, bueno, no llores que en un ratito vas a estar con tu bebito en brazos. A ver, flojita, vos bien flojita.

—...

—Ves que no es nada, querida, un dedito más...

—...

—Un segundito más y ya termino.

—...

—Flojita, por favor, que si no no puedo hacer bien el tacto.

—...

—Acá toco la cabecita.

—...

—No llores, pichona.

—...

—Bueno, voy a pedir una sala de parto ya mismo. Estás con seis de dilatación. Esto ya se viene.

—Tengo mucho miedo.

—¡Pero por qué vas a tener miedo!

—...

—Vos tranquila, tranquila que esto es cosa de todos los días.

33.

Inés subió a un taxi y fue a su casa. Entró en la cocina. Fue a la piletta de lavar los platos y se puso los guantes de goma. Unos guantes anaranjados, de goma gruesa, talle M. Movi6 los dedos en el aire como probando distintos movimientos. Se sintió torpe, se sacó los guantes de un tirón, y los estrelló contra la pared de azulejo blanco, justo en la guarda de la tetera y la taza azul y blanca. Salió y fue a su cuarto. Se torció el tobillo entre el tercer escalón y el cuarto. Rengueó el resto de la escalera pero no aminoró su marcha. Estrelló la puerta de su cuarto contra la pared. Entró. Fue a su placard y lo revolvió. Cada estante, cada cajón. No encontró lo que buscaba. Se tomó un instante para pensar. Recordó. Fue al cuarto de Lali. Se alegró de que no hubiera regresado.

Se subió a un banco y metió la mano hasta el fondo del último estante del placard de su hija. Su brazo se movió a un lado y al otro, tanteando. Reapareció su mano con una bolsa de plástico. Se bajó, abrió la bolsa y sacó un vestido amarillento que alguna vez fue blanco. El vestido de comunión de Lali. Lo tiró al piso. Luego tiró la cofia, la canastita de las estampitas, un rosario. Sacó un guante. Se fijó que fuera el derecho. Se lo puso con dificultad. Era chico y estaba endurecido por los años. Juntó todo rápido y salió del cuarto. Entró en su dormitorio con el guante puesto. Fue directo a la mesa de luz de Ernesto, agarró el revólver y las balas que alguna vez habían sido de Alicia. Que alguna vez estuvieron puestas en el tambor. Con la mano derecha. Sin apretar demasiado, apenas sosteniéndolo, para que no se borrarán las huellas de Ernesto. Necesitó la mano izquierda para cargarlo y se ayudó con un pañuelo. Metió todo en la cartera, el revólver cargado, el pañuelo, y por último el guante. Fue a su cuarto y se cambió. Buscó en el placard y vio el traje color arena del día en que fue al departamento de Alicia. Le pareció adecuado terminar esta historia como había empezado, y se lo puso. Algo le pesaba en el bolsillo del traje, metió la mano y se encontró con las llaves de Alicia, el manojito de llaves etiquetado que había encontrado en el cajón del escritorio. Las acomodó en el bolsillo como para que no hicieran tanto bullo, pero no se atrevió a dejarlas.

Bajó corriendo las escaleras, cerró la puerta de un golpe, sin llave, y se fue.

34.

En la ciudad de Buenos Aires, a los 17 días del mes de diciembre de 1998, comparece ante S.S.^a y Secretario actuante, un testigo espontáneo, a quien se le procederá a tomar DECLARACIÓN TESTIMONIAL. Acto seguido S.S.^a Le requiere el juramento o promesa de decir verdad de todo cuanto supiere y le fuere preguntado, de acuerdo con sus creencias, siendo instruido de las penas correspondientes al delito de falso testimonio, para lo cual le fueron leídas las disposiciones legales pertinentes del Código Penal y expresó «Lo juro». Se le enuncian los derechos que le asisten, previstos en los artículos 79, 80 y 81 del C.P.P., dándose lectura de los mencionados artículos.

Preguntado que fuera por sus datos personales dice llamarse ALBERTO GARRIDO, acreditando identidad mediante DNI 12.898.610, el cual exhibe y retiene para sí, de profesión mozo de bar, divorciado, nacido el 6 de marzo de 1960, en Buenos Aires, hijo de Enrique Garrido y Elena Gómez, domiciliado en la calle Yatay 2341 de esta ciudad.

Se lo invita a manifestar cuanto conoce de la causa, declarando: «Me presenté esta mañana en la Comisaría 31, de donde me derivaron a este juzgado, para aportar un dato muy importante para la causa. El día de la desaparición de Alicia Soria, atendí en el bar a una señora muy nerviosa, vestida con un traje color arena, que había salido del edificio de la mencionada Soria, y que observaba los movimientos del edificio con actitud sospechosa. Me acuerdo perfecto de ella porque me llamó la atención que llevara puestos guantes de goma». Su Señoría pregunta: «¿De goma?». El testigo responde: «Sí». Preguntado por S.S.^a para que le diga si tiene conocimiento de la identidad de esa mujer, el testigo manifiesta: «Hasta hace un tiempo no la tenía, pero ayer, un cliente habitual del bar, el señor Ernesto Pereyra, entre trago y trago me manifestó su preocupación por ser el único sospechoso en un crimen que no había cometido, y su inquietud y su temor porque sospechaba que su mujer, Inés Pereyra, estaría involucrada en este lamentable hecho, lo cual, por el vínculo y el aprecio propio de quienes estuvieron casados tantos años, le impedía acercarse a la justicia y evacuar sus sospechas. Me mostró una fotografía que siempre lleva consigo, y la misma coincidía en un cien por ciento con la mujer que vi el día de la desaparición de Alicia». Preguntado por S.S.^a por qué no se presentó con anterioridad ante este juzgado para dar su testimonio, el testigo manifiesta: «Porque a veces uno juzga sin saber y tenía miedo de involucrar a alguien que no tuviera nada que ver simplemente por una actitud nerviosa o poco común. Pero cuando el señor Pereyra me manifestó sus temores, y me enseñó la foto, mi conciencia me dijo que tenía que presentarme y decir mi parecer, y si estaba equivocado, o no tenía nada que ver, la justicia ya se encargaría de demostrarlo». Preguntado por S.S.^a si quiere agregar, quitar o enmendar

algo de lo expresado, responde: «No», con lo que se da por finalizado el presente acto, previa lectura en alta voz del Actuario, firmando el compareciente para constancia de ello, luego de S.S.^a y ante mí DOY FE.

Tomé un colectivo hasta el microcentro. No me gusta manejar, menos cuando estoy nerviosa. Y para qué negarlo, estaba nerviosa. Parecía que algo dentro de mi cuerpo se iba a salir por mis orejas. Algo caliente, algo en ebullición. ¿Las tripas? Me senté en el primer asiento. Miré por la ventanilla. Traté de serenarme. Intenté con respiración profunda. ¿Por qué fue que dejé de ir a yoga yo? El semáforo de Cabildo y Juramento no funcionaba. Árboles, autos, edificios. Jugué con el manajo de llaves de Alicia. Porque la profesora de yoga hablaba demasiado, me terminaba poniendo nerviosa. Con voz calma, pausada, de la luz interior, de la madre Tierra, pero demasiado. Pasó un grupo de adolescentes vestidas de colegio. Cuatro o cinco. Pensé en Lali. Lo que vendría no iba a ser fácil para ella. Siempre vivió en una cajita de cristal. Siempre ajena a todos los problemas de la casa. Protegida de todos los peligros posibles por su padre, qué ironía. Y de golpe, el mundo se le estaba por venir abajo. Ya se había venido abajo, para ser más precisa. Pero lo peor era que le podía caer en medio de la cabeza. Y bueno, es la ley de la vida. A mí también me dieron un mazazo en la cabeza. Iba a tener que madurar, no le iba a quedar otra. A los golpes, como nos pasó a tantos. Árboles, edificios, autos. Como me pasó a mí el día en que mi papá se fue y no volvió más. Uno se cree que lo tiene todo, que su familia es un modelo, y de un día para otro todo cambia. No sé si Lali será capaz. No creo que sea. Pero yo no podía pensar en ella en este momento. Por una vez en la vida tenía que pensar en mí. Hubiera sido lo único que me faltaba. Una publicidad de lápiz labial, autos, edificios. Rojo, amarillo, verde. Las llaves de Alicia en mi bolsillo. El revólver en la cartera. Repetía para mí misma los pasos a seguir. A pesar de Lali. Saqué de mi cartera el cuadrito sinóptico sin tocar el revólver. Punto uno, cajero. Y me concentré en eso. Árboles, edificios, autos. Punto uno, cajero. Después pensaría en el punto dos. Y en el tres, y en el cuatro. Poquito a poco. Autos, edificios. Gente que iba y venía. No quería pensar en él. En Ernesto no. Esquinas de Buenos Aires, bocinas. Punto uno, cajero. Llegué a destino. Bajé del colectivo por la puerta trasera. Como corresponde. El timbre no andaba. Grité. El chofer también. No lo puteé porque no es mi estilo, pero lo habría puteado. Caminé, me choqué con alguien, me empujaron. Gente, mucha gente. Sobre la vereda contraria apareció el primer cajero. Crucé. Esperé mi turno. Los que estaban delante de mí se tomaron su tiempo, se tomaron todo el tiempo del mundo. Claro, total, ellos qué sabían. Me impacienté. Llegó mi turno. Revisé el saldo. Había casi diez mil dólares. Intenté sacarlo pero sólo me permitían sacar setecientos pesos. Saqué toda la plata que se me permitía. Punto dos, repetir punto uno las veces que sea necesario. Hice lo mismo en cuanto apareció otro cajero. El cajero me informó que la operación era inválida, que ya no podía extraer más dinero en el mismo día. No sabía, yo nunca usaba el cajero. Tomaba la plata que

me daba Ernesto a principios de mes y me administraba. También tenía la plata de mi cuenta bancaria, mi chanchito, el que empezó siendo un hueco en la pared de ladrillos del garage. Pero esa no la quería tocar, por si venían tiempos difíciles. Intenté en otro cajero, por las dudas. Me informó lo mismo. Fui directo al banco. Al de Ernesto, no al mío. No quería, pero no tenía alternativa. Hice la cola. Esperé. ¿Nadie está apurado cuando uno lo está? Me atendió un empleado, le dije que quería cerrar la cuenta Pereyra Ernesto y/o Lamas Inés. Me preguntó si era la titular de la cuenta, le dije que sí. Pero verificó y me dijo que Ernesto tenía que firmar los papeles. Le dije que era una pena pero que Ernesto estaba de viaje. Me dijo que entonces no podía cerrar la cuenta. Le dije que necesitaba el dinero para pagar la operación de mi mamá. Un lugar común difícil de creer. No sé, me salió eso. Lloré. Parece que al bancario le llegó mi lugar común. Me dijo que no llorara, que si lo que necesitaba era la plata que la sacara. Le pregunté que cómo hacía sin la firma de Ernesto. Me contestó que para sacar el dinero no necesitaba la firma, sólo para cerrar la cuenta. Me quedé pensando en que si yo fuera dueño de un banco cambiaría normas tan idiotas, pero sonreí y le pedí que hiciéramos la operación cuanto antes. Que la vida de mi madre dependía de ello. El empleado fue a su escritorio, se sentía importante. Me sugirió dejar cien pesos para que auditoría no cerrara la cuenta. Era otra norma del banco. La cumplí. Por caja me entregaron el dinero. Fui al baño y lo escondí. Repartí los billetes en el corpiño, la bombacha, y el cambio en la cartera. Eran nuevos y se me resbalaban. Salí. Entré en una casa de ropa y me compré un jean y una campera de cuero negro. Pagué en efectivo. Le di mi traje color arena para poner en la bolsa y me llevé lo nuevo puesto. En el primer tacho de basura dejé la bolsa con el traje color arena. Me dio pena. Entré en un locutorio pero no hablé, sólo pedí una guía telefónica. Busqué: «Alquiler de autos» y «Pelucas». Correspondían al punto tres, y al cuatro. Me acordé de que las llaves de Alicia habían quedado en el traje color arena, en el tacho. Pero no tenía importancia, es más, era una buena manera de sacarse de encima ese macabro souvenir. La agencia de autos más cercana quedaba a tres cuadras de donde estaba y la casa de pelucas a veinte, pero tenía que empezar por la peluca. El punto tres era comprar una peluca. Tomé el subte, no me dejaba muy cerca, pero no me haría pensar tanto como el viaje en colectivo. Un taxi no, no tenía costumbre. «Para qué andar regalando la plata», habría dicho mamá. Llegué a la casa de pelucas. Entró una mujer justo antes que yo. Venía a vender su pelo. Lo compran para hacer pelucas naturales. A la empleada le interesó, y llamó a la encargada. Discutieron el precio por unos minutos. Yo estaba impaciente, pero entretenida. Nunca había visto a nadie vender su pelo. Negociaron, la mujer dejó aclarado que le parecía poco lo que le ofrecían pero aceptó. La mujer se fue. Llegó mi turno. Elegí una peluca castaña oscura, largo a los hombros, pelo lacio. Típica cabeza argentina. Aunque casi todas queramos ser rubias. O parecer rubias. Y nos hagamos reflejos, y nos decoloremos las cejas, y hasta nos

olvidemos de que alguna vez nuestro pelo fue otro. Rubias de prepo. Rubias ásperas. Rubias a pura envidia. Rubia como yo. Me probé la peluca castaña. Me sentaba bien. Había otra, espléndida, morocha, casi negra, de pelo largo, lacio. Como Charo. Me la probé sólo para sacarme el gusto, vaya una a saber cuándo iba a tener oportunidad de probarme otra vez una peluca. Me acomodé los mechones sobre los hombros. Como ella. Si fuera Charo a vender su pelo, se lo comprarían. Me llevé la peluca puesta. La castaña. La que soy y no quiero ser. La típica. Miré a través de la vidriera cómo la vendedora volvía a acomodar la peluca morocha en la cabeza de telgopor blanco de la vidriera. Con cuidado abrió sus mechones y los acomodó para que lucieran. Ocupaba el centro de la vidriera. El resto se opacaba. No existía. Ni siquiera las rubias. Tomé otra vez el subte hasta la agencia de autos. Entré. Me senté en la recepción a esperar que el único empleado a la vista terminara de atender a un hombre evidentemente extranjero. Hacía calor y el sillón de cuerina ajada se llenaba de sudor bajo mis piernas. Me sentí mojada. Y nerviosa. La peluca también me daba calor. Me picaba, pero no me pareció de buen gusto rascarme. *Los zapatitos me aprietan, las medias me dan calor...* ¿Por qué el pensamiento se va sin control para cualquier parte en momentos como ése? *Y el vecinito de enfrente...* El extranjero se fue y yo me planté delante del escritorio antes de que el empleado me llamara. Pedí un auto. El más barato. El empleado me ofreció uno. Le pregunté de qué color era. Rojo. Lo rechacé enseguida, tenía que ser gris. Un auto gris, común, barato, uno de esos que circulan por todos lados en Buenos Aires. Como la peluca castaña. Quedaba uno. Sin aire. No me importaba, mirá si a esa altura me iba a estar preocupando por el aire. Lo alquilé. Pagué en efectivo. Un robo, alquilar un auto en este país es un robo. Creí que el trámite había concluido, pero el imbécil del empleado me pidió que firmara un cupón de la tarjeta de crédito en garantía. No me gustó. No quería dejar huellas. Por algo había pagado en efectivo. Me negué. Discutí con el empleado. Me retracto: imposible discutir con un imbécil. No, yo nunca antes había alquilado un auto, ¿y qué? «Son las normas», me dijo y agregó: «Yo no puedo hacer nada». «Sí, podrías irte a la mismísima mierda», le dije, ya no estaba para sutilezas. Tenía ganas de matarlo. Podría haberlo hecho. Firmé el cupón y me entregó las llaves y los documentos. Fui al subsuelo y retiré el auto. Antes de arrancar le saqué todas las calcomanías de la agencia de alquiler y las tiré por la ventanilla.

Me acomodé la peluca en el espejo retrovisor.

Y allá fui.

Fotocopia del libro editado en España, compendio de distintos ensayos presentados en el XII Congreso Nacional de Psicología Aplicada, año 1995. El ensayo fotocopiado se denomina: «Una aproximación a la dáctilo-psicología; rasgos psíquicos y otras consideraciones», firmado por un grupo de psiquiatras españoles. La fotocopia fue encontrada en la guantera del auto alquilado por Inés Pereyra. Sin acotaciones al margen.

L'uomo delinquente. Tal el título de un trabajo realizado por Cesare Lombroso, un ex cirujano del ejército y director del Asilo de Pesaro, en el cual, y después de estudiar más de seis mil casos de personas que habían delinquido, encontraba ciertas características o peculiaridades físicas que, supuestamente, tendían a repetirse.

Para Lombroso, el típico delincuente tenía mandíbula ancha, orejas grandes, brazos largos y pómulos altos. Para él, y siempre basándose en su estudio, un incendiario tenía cabeza pequeña; un estafador debía ser fuerte, de mandíbulas anchas y pómulos altos; un ratero tenía las manos largas y generalmente contextura alta y cabello oscuro.

Hubo otros intentos parecidos. El doctor vienés Franz Joseph Gall desarrolló la teoría de la frenología, que tuvo mucha aceptación por aquella época. Según esta teoría, el carácter de la persona podía descubrirse observando la forma del cráneo. Para él, las tendencias domésticas estaban concentradas en la parte trasera del cráneo; las aptitudes intelectuales, en la parte frontal; la generosidad, en la superior; y el egoísmo y el egocentrismo, en los laterales. Sus seguidores llegaron a clasificar más de cuarenta características, y aseguraban que con sólo medir una cabeza podían saber si estaban ante un bebedor empedernido, un jugador compulsivo o un ladrón.

Las teorías de Lombroso y Gall, poco a poco, fueron desmentidas por la realidad. Sin embargo, y aunque sus técnicas hayan fracasado, la esencia de lo que pregonaban no murió del todo. Psicoanálisis incluido, no sólo quienes trabajan en la práctica forense sino también la gente común, muchos, siguen intentando encontrar un patrón que pueda indicar quiénes podrían, y quiénes no, ser delincuentes en potencia. O asesinos.

Tal vez, lo más asombroso sea que esta inquietud no se deba tanto a poder definir esa posibilidad en el otro, sino en uno mismo.

La garantía de que uno nunca podrá convertirse en un pequeño monstruo.

37.

Encontré un lugar justo donde estacionar. En la esquina anterior, de la misma mano, a unos veinte metros de la oficina de Ernesto. Un poco antes de la salida de garaje. Me calcé unos anteojos negros que había comprado por la calle, mientras iba del cajero cuatro al cinco. Berretas, baratos, pero negros. Esperé. Pensé en Lali. No iba a ser capaz. Prendí la radio. Busqué un locutor que hablara mucho, con voz fuerte. Uno que no me dejara pensar en otra cosa, ni siquiera en lo que él estaba diciendo. Encontré uno que cumplía con los requisitos. Puse el volumen lo más alto que me permitía mi dolor de cabeza. Esperé. Sentí las piernas dormidas y empecé a mover los pies en círculos. Quince veces a la derecha. Quince veces a la izquierda. Me acordé de la peluca morocha, la de pelo suave, largo, lacio. Otra vez quince a la derecha. Cuatro a la izquierda y se abrieron las puertas del garaje. Salió un auto. Me bajé apenas un poco los anteojos negros para confirmar. No era Ernesto. Apagué la radio. La prendí. Busqué música. Lo dejé en un tema viejo, lento. Me hizo acordar de algo pero no sabía de qué. Me jodió. Casi lloré. Pero apenas aparecieron las primeras lágrimas volví al locutor y al volumen al máximo. Por la entrada principal salieron caminando la recepcionista, el jefe de personal, dos cadetes. La recepcionista caminaba hacia mi lado. Me calcé otra vez los anteojos. Pasó junto a mí, pero ni siquiera me miró. Otra vez se abrió la puerta del garaje. Era una camioneta. Azul, como el auto de Ernesto. No sabía qué marca, yo de marcas de auto no entiendo nada. Pero camioneta, no auto. De eso estaba segura. Me acomodé la peluca y traté de inclinarla un poco más hacia la derecha. ¡Cómo me gustaba la peluca morocha! A lo mejor, algún día... Otra vez se abrió la puerta del garaje. Esa vez sí era él. AVE 624. Ernesto Pereyra. Mi marido. Todavía mi marido. Encendí el auto alquilado y lo seguí. Despacio. Ernesto iba muy despacio. Con el codo asomando por la ventanilla. Como si el mundo siguiera siendo el mismo. En el primer semáforo puso la luz de giro. Yo también. No era el camino a casa. No me sorprendió, ¿por qué iba a ir a casa? ¿Por qué iba a serme fiel toda la vida? ¿Por qué iba a elegirme a mí en lugar de a Charo? Dos cuadras más. Ernesto se estacionó en la siguiente esquina. No tenía dónde estacionar mi auto. No quería pasarlo, preferí mantener una prudente distancia y observar en doble fila y a lo lejos. Prendí las balizas. Las apagué, no quería llamar demasiado la atención, no hubiera sido bueno. Pasó el tiempo. Un par de minutos. Cinco. Diez. Vi cómo el brazo de Ernesto se levantaba fuera de la ventanilla saludando. Miré en esa dirección. Charo cruzaba la calle hacia él. El semáforo se puso amarillo y ella aceleró el paso. Casi corrió. Las tetas se le balanceaban en la corrida debajo de la remera blanca. Me acordé de la copa de champán. Me imaginé sus tetas succionadas por una copa de cristal atorada. Casi me causó gracia. Lo besó. Charo a Ernesto. Lo besó a través de la ventanilla abierta, dio la vuelta al auto y

subió. El auto de Ernesto se movió. El alquilado también. Siempre detrás de ellos. A prudente distancia. Conversaban. Ernesto y yo nunca conversábamos cuando viajábamos en auto; cada uno miraba lo suyo, él manejaba, yo disfrutaba el paisaje. Ellos conversaban. Entraron en un hotel alojamiento en la calle Monroe. Ernesto y Charo. Yo seguí de largo, di vuelta a la manzana. Pasé otra vez frente al hotel. Di otra vuelta manzana. Busqué un lugar donde estacionar. Cerca, pero no tanto. Elegí una calle tranquila, a tres cuadras, en una paralela a Monroe. Frente a un chalet de ladrillo a la vista y carpintería blanca. Necesitaba pintura esa carpintería. Bajé del auto con la cartera. Caminé hasta el hotel. Pasé caminando frente a la puerta y me metí. El empleado me dijo que no aceptaban mujeres solas. Le contesté que quería masturbarme. «No, lo lamento», me respondió un señor con granos. Salí. Miré a un lado y a otro como buscando alguien con quién entrar. Era una locura. Lo descarté inmediatamente. A veces uno pierde el rumbo y es capaz de pensar cualquier cosa. O de hacer. No, entrar con alguien no era lo adecuado. Me metí en el estacionamiento. No me vio nadie. Busqué el auto de Ernesto. Probé la puerta. Estaba con llave. Sabía muy bien lo que decían los puntos seis y siete del cuadro sinóptico pero no tenía claro cómo ejecutarlos. Pensé. Me tomé un buen rato para pensar. Se me ocurrió algo, tal vez no era la mejor opción, pero era algo. Elegí la goma delantera del lado del conductor y la desinflé. Me tranquilicé. Sabía que el mecanismo se había puesto en marcha y que, tal vez, funcionaría. Me senté entre el baúl del auto de Ernesto y la pared. Esperé. Pensé en Lali, en que no iba a poder. Pensé en mi mamá, mi mamá estaría orgullosa de mí. Pensé en Ernesto. Pero enseguida me lo saqué de la cabeza como pude. No me hacía bien pensar en Ernesto. No se lo merecía, reverendo hijo de puta. Esperé. Me puse el guante. Esperé. Sentí pasos. Sabía que eran ellos, pero no me asomé. Abrí la cartera. Los zapatos de suela de Ernesto raspaban el cemento a menos de un metro de mí. Qué costumbre la de Ernesto de arrastrar los pies cuando camina. Todos los tacos gastados del lado de afuera. Ernesto le abrió la puerta a Charo. Ella se sentó y abrió la ventanilla. Yo escuché, solamente escuché, pero sabía. Lo conocía hacía más de veinte años. Ernesto caminó frente al auto y fue hasta su puerta. Dijo «la puta que lo parió», y pateó la cubierta desinflada. Se sacó el saco y lo tiró en su asiento. Cerró la puerta de un golpe. Empezó a caminar hacia el baúl. Yo hacia adelante. Agachada. La tapa del baúl se abrió y Ernesto quedó detrás de ella. Sabía que sacar la rueda de auxilio le iba a llevar por lo menos dos minutos. Ernesto era meticuloso, prolijo. Me incorporé. Frente a la ventanilla de Charo. La ventanilla que había sido mía. La tapa del baúl levantada me protegía de la mirada de Ernesto. Ella me miró. Yo disfruté ese instante. Le apunté. Tenía miedo, a pesar de sus tetas, a pesar de su pelo negro. Tenía miedo y no pudo ni siquiera gritar. Apreté el gatillo y dibujé un agujero perfecto en el medio de su frente por donde salió un chorro de sangre. Tiré el revólver con las huellas de Ernesto en el asiento trasero y salí

corriendo. Sabía que Ernesto iba a tardar unos segundos en reaccionar, el temor lo paraliza. Como cuando le dije que estaba embarazada. Diecisiete años atrás. Él es así, esas cosas no cambian, aunque salgas con una mujer quince años más joven.

No miré hacia atrás.

Es probable que Ernesto me haya visto. Que haya visto a una mujer huyendo. Una mujer de espaldas, de pelo lacio, castaño oscuro, largo hasta los hombros.

38.

- ¿Nombre y apellido completo?
—Laura Pereyra.
—¿Edad?
—Diecisiete.
—Voy a tener que avisarle al juez.
—...
—Nombre del padre.
—No tiene padre.
—Y vos, ¿cómo podemos ubicar a tus padres?
—No tengo.
—¿Me vas a decir que estás sola en el mundo?
—No, tengo una hija.
—Voy a tener que avisarle al juez.
—Hacé lo que quieras.
—¿Querés que le avise a alguien?
—¿No le ibas a avisar al juez?
—Como quieras, si no te importa nadie.
—...
—...
—Esperá, ¿podés anotar un número?
—...
—...
—Dale.
—Ocho dos cinco ocho tres ocho tres.
—Ocho tres, ocho tres.
—Avisales que nació Guillermina.
—Okey.
—...
—...
—Gracias.
—...
—...
—Es linda la gorda, ¿eh?
—Sí, es relinda.
—¿A quién se parece?
—A nadie, por suerte no se parece a nadie.

Camino por la calle Monroe y sigo oyendo los gritos de Ernesto. Tres cuadras más, y ya suena la sirena de la policía. Estoy tranquila. Por primera vez en muchos meses, estoy tranquila. El sol me pega en la cara. En algún lado perdí mis anteojos negros. Es un día espectacular. Con un día como el de hoy no puede pasarme nada malo. No sé cómo terminará esta historia. Uno nunca sabe. Creo que me van a encontrar. Nadie se puede pasar huyendo toda la vida, por más peluca que te pongas. A la larga o a la corta pisás el palito y te caen todos encima. Pero estoy tranquila. Tranquila de espíritu y eso es lo importante. Paro en un teléfono público y hablo con mamá. Empieza con reproches, como siempre. No me deja hablar. La paro, no sé cómo pero logro pararla. Le cuento pero no me cree. No me cree capaz. Le hago prometer que se va a ocupar de Lali. Era lo único que me quedaba pendiente. Fue un gran alivio para mí. De alguna manera yo sé que mamá, con todos sus defectos, le va a hacer sentir que sigue teniendo una familia. Eso es muy importante para una chica en una edad tan difícil como la de Lali. Y con respecto a Ernesto y a mí, obviamente nuestro matrimonio está acabado. Esta vez llegamos a un punto de no retorno. Cada uno jugará sus cartas para salir lo mejor parado que pueda de este asunto. Y en ese sentido también estoy tranquila. Porque aunque la justicia sea ciega, yo me encargué de ponerle un par de anteojos. Tal vez no sean con el aumento necesario, tal vez distorsionen un poco, pero son mejor que nada. Lo más seguro es que yo termine pagando por el crimen de Alicia y Ernesto por el de Charo. Punto seis, matarla; punto siete, incriminar a Ernesto. Rompo mi cuadro sinóptico en mil pedazos y los suelto al viento. Los pedazos se esparcen por todas partes. ¿Qué importa quién mató a quién? Los dos matamos a alguien. ¿Pero acaso todos los seres humanos no somos iguales? ¿No valemos lo mismo? Un clearing. El día de nuestro juicio, Ernesto y yo nos podremos quejar de que no cometimos el crimen que se nos imputa, pero no vamos a poder decir que somos inocentes. En el fondo, nadie es inocente. Aunque todos seamos animalitos de Dios. Alicia, Charo, Ernesto, yo. Matar a uno o a otro no cambia mayormente la pena o el castigo. Sí la culpa. Yo no me hubiera permitido matar a Alicia. Mucho menos a Ernesto, que es el padre de mi hija.

A Tuya sí. Tuya es otra cosa.



CLAUDIA PIÑEIRO Nació en el Gran Buenos Aires, en 1960. Es escritora, guionista de TV y colaboradora de distintos medios gráficos, y su obra literaria, teatral y periodística ha obtenido diversos premios nacionales e internacionales.

Ha publicado los relatos para chicos *Un ladrón entre nosotros* (2005), Premio Iberoamericano Fundalectura—Norma 2005 de Colombia, y *Serafín, el escritor y la bruja* (2000), que fue traducido a varias lenguas.

Su obra de teatro *Cuánto vale una heladera* fue estrenada en el marco del ciclo Teatro X la Identidad 2004 y publicada por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. Su drama *Un mismo árbol verde* ha sido candidato a los premios Florencio Sánchez y María Guerrero. Es autora también de las novelas *Tuya* (2005) y *Las viudas de los jueves*, que recibió el Premio Clarín de Novela 2005 otorgado por un jurado compuesto por José Saramago, Rosa Montero y Eduardo Belgrano Rawson. Este libro está siendo traducido a varios idiomas y ha sido leído ya por cientos de miles de personas en distintas partes del mundo.